

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVII

San José, Costa Rica **1933** Sábado 2 de Setiembre

Núm. 9

Año XV. No. 649

SUMARIO

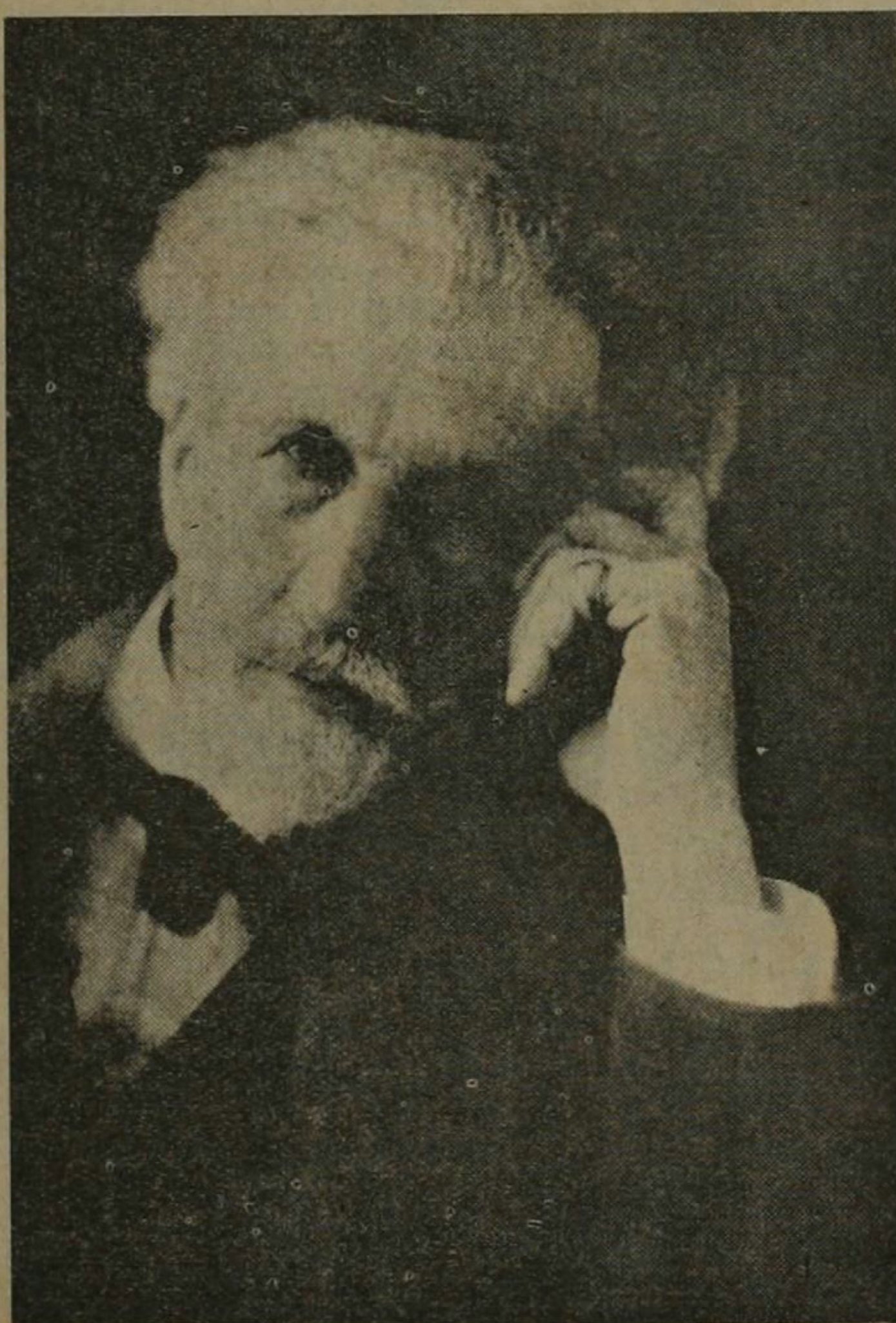
Don Quijote en Escocia. Cunninghame Graham	Charles Duff	Alberto Masferrer	Augusto Arias
Dos notas económicas	N. Viera Altamirano	A pescar a otro charco	José Rafael Pocaterra
El funesto fajismo italiano y sus deplorables contagios	Juan del Camino	El Salvador	Gabriela Mistral
No Justito	Arturo Ambrogi	El multimillonario	Medardo Mejía
Conversando con Gabriela Mistral	Xesús Nieto Peña	Una obra inédita de Cuervo	L. E. Nieto Caballero
Ideario de Alberto Masferrer	Alfonso Rochac		

Difícilmente podría decirse que la época en que vivimos es la de la caballería, ya que los caballeros andantes son tan raros como mirlos blancos. Sin embargo, existe Cunninghame Graham que está vivo y es un auténtico caballero andante, el don Quijote de nuestros tiempos. Este grande hombre tiene asegurado su monumento conmemorativo, y si yo no estoy equivocado, en el próximo medio siglo se levantarán muchas estatuas a su memoria desde México a la Tierra del Fuego. Es un hombre de dos hemisferios y tiene el espíritu de Escocia y de España mezclados con el vigor y la independencia del Nuevo Mundo. Aunque vivo todavía — tiene 80 años —, ha sido escrita recientemente su biografía por su amigo el profesor Falkner West, quien, acertadamente, la titula "A modern conquistador. His Life and Works" ("Un conquistador moderno. Su vida y sus obras"); un libro que he leído con interés y asombro, y he colocado en mi biblioteca al lado de la "Vida del ingenioso hidalgo de la Mancha". Basta mirar los retratos de Cunninghame Graham para reconocer al hidalgo fuerte; pero, por supuesto, más distinguido y gallardo que el sublime manchego. Leer su biografía es releer el "Quijote" en términos de los siglos XIX y XX.

¡Qué hombre, Cunninghame Graham! Una vez que se le ha visto, jamás se le olvida. La primera vez que puse en él mis ojos fué en el Hyde Park de Londres, cerca de Rotte Row, la pista reservada para los miembros, cada vez más raros, del público metropolitano que se entregan a las proezas de equitación. A lo lejos venía hacia mí una figura a caballo y mi atención fué atraída por la gracia con que cabalgaba. Esto, pensé, no son dos seres separados, caballo y hombre. Esto es un

Don Quijote de Escocia Cunninghame Graham

— De La Prensa. Buenos Aires —



Cunninghame Graham

centauro. El caballo era un bello animal negro con cuatro manchas blancas, con cara de expresión muy aristocrática, que mantenía erguida la cabeza, completamente consciente de que llevaba sobre sus lomos un mortal no ordinario. El hombre era enjuto y avanzado en años; pero ocupaba la montura airoso y dominaba su corcel. También llevaba la cabeza tirada hacia atrás orgullosamente y con un aire de benévolo menosprecio para los demás jinetes que pasaban a su lado. Había algo alrede-

dor de todo él que demostraba tan claramente como si vistiera una armadura y empuñara una espada o una lanza, que era un conquistador. Aquí se daba un claro caso de metempsicosis: el espíritu de la España del siglo XV a caballo en el Rotten Row de Londres. La silla y los atavíos del arrogante caballero estaban en armonía con su porte. Cuando la pintoresca figura pasaba cerca de mí tuve tiempo de observar las facciones bellas y regulares del hombre, su maravillosa cabeza con flotante cabello gris, pri-

morosa barba y bigote ligeramente torvo y provocador. Aunque nunca le había visto antes, le reconocí inmediatamente. Era el uno y único Cunninghame Graham. Y yo no me había equivocado.

Una figura semejante no puede existir sin un abolengo histórico señalado. Robert Bontine Cunninghame Graham, para darle su nombre íntegro, nació en Londres el 24 de mayo de 1852, descendiendo por línea paterna de nobleza escocesa y de raza española por línea materna. Fué criado por su abuela, doña Catalina Paulina Jiménez y Alesandro. Su madre nació a bordo de un barco de bandera británica anclado frente a la bahía de La Guayra, en Caracas. Casó con una dama chilena, Gabriela, hija de don Francisco José de la Balmondiere. Tal es la conexión que existe entre él y don Quijote, y la mezcla a la perfección de sangre española y escocesa ayuda a explicar la personalidad del hombre. Una escuela pública inglesa era difícilmente una atmósfera simpática para la educación de un joven de esta clase: orgulloso, sensible, individualista, imbuído del espíritu de rebelión y de aventura y pronto a tomar puesto al lado del débil en casi toda clase de lucha aún desesperada, con tal de que él tuviera la impresión de que representaba el derecho, la justicia y la libertad humana. A una edad temprana arregló su valija y partió para la pampa argentina, y sus propias obras—vigorosos bocetos e historias—nos ilustran acerca de su vida allí. Se dice, y es fácil de creer, que llegó a conocer las vastas sendas de la pampa mejor que los nativos. Jineteó como un gaucho y fué un maestro en el manejo del lazo y las boleadoras. Siempre ha sido indiferente al éxito material, y para él todo lo constituye la "vida" en su

más amplio sentido. Aristócrata de espíritu, se sintió feliz entre los gauchos, participando de sus comidas lo mismo que de sus alegrías y penas, permaneciendo siempre el "gentleman" distinguido, el Quijote. En sus escritos, escribió para darse un placer a sí mismo y no para el público. Eligió temas de grandeza moral y los trató en prosa noble, dejando que hablaran sus propios sentimientos con inconfundible sinceridad y honradez. Pero los escritos de Cunninghame Graham no han alcanzado mucho éxito popular. ¿Cómo podrán conseguirlo en una edad como ésta en que vivimos? Existe un proverbio: "El que escupe contra el viento, escupe en su propia cara".

Después de haber pasado muchos años en la América española, durante los cuales tuvo muchas aventuras peregrinas y quijotescas (incluyendo en ellas un magnífico fracaso en la conducción, desde Uruguay a Río de Janeiro, de una inmensa piara de caballos salvajes) regresó a Inglaterra en 1885 y se dedicó a la política como liberal avanzado. En aquella época, los liberales avanzados venían a ser equivalentes a los socialistas extremos de hoy. Bien pronto demostró que era un excelente orador; pero, como era de esperar, también una personalidad altamente desconcertante para la Cámara de los Comunes de Inglaterra. Incesantemente era llamado al orden; pero él continuaba impertérrito y despreocupado, ante el Parlamento más difícil del mundo. La verdad y sólo la verdad es lo que siempre sostuvo. La ex-novo y la defendió con una invectiva tan atrevida y una fraseología tan pintoresca, que hizo de él el terror de aquella augusta asamblea. Desdeñaba la gran fuerza de la Legislatura inglesa—la capacidad para transigir—, y su extremada arrogancia española sumada a su obstinación escocesa, le apartaban del grupo de políticos. En los boletines oficiales de los debates de la Cámara llenó más

de una página briosa, con frecuentes interrupciones del presidente "Orden, orden", o pedidos de que retirara alguna expresión de opinión excepcionalmente antiparlamentaria (más adecuada quizás a la pampa que a Westminster), a lo que la invariable réplica del incorregible e incorruptible Graham era: "Yo "jamás" me retracto. Digo simplemente lo que pienso". Entonces se le pedía que abandonara la Cámara. "Ciertamente, sir, me iré", replicaba. Y se marchaba, sin retirar jamás una de sus palabras y sin disculparse jamás. No hubiera cambiado su manera de pensar aún cuando le fuera en ello la vida. En aquellos días, era una voz solitaria en el Parlamento que se alzaba en favor de lo oscuro y desconocido y de lo completamente pobre. Acometió lanza en ristre contra todo molino de viento, sin mejor suerte que la del caballero de la Mancha. En ningún otro país le habría ido mejor. El santo es, con frecuencia, un gran engorro público y un estorbo para el pueblo práctico de todas partes; pero esto no altera su santidad ni disminuye su valor para la huma-

nidad. En política, Cunninghame Graham fué un fracaso; pero los folletos que escribió y los discursos que hizo son marcas memorables en la lucha contra los peores peligros de nuestra edad mecánica. Si aquellos escritos y discursos no hubieran aparecido jamás, estos peligros serían mayores de lo que son. Toda su carrera política fué una protesta, y protesta violenta, a veces sin dirección y sin distinción, que brotaba de un corazón grande y apasionado por la libertad y prosperidad humana. Como la vida de don Quijote, la de don Roberto (como le llaman sus amigos) representa el lado mejor de la naturaleza humana, aunque los objetivos perseguidos hayan sido tan idealistas como inalcanzables para las mayorías y muchedumbres. A vidas como éstas recurrimos en busca de inspiración.

Teniendo ya 80 años de edad, acaba de iniciar una nueva cruzada, la del nacionalismo escocés. No hace mucho que tuvo lugar una demostración en su honor y, renqueando aún de una caída de caballo sufrida en Marruecos, el viejo héroe de mil batallas

apareció en la plataforma. Su discurso fué tan bueno como cualquiera de los suyos, adornado con los usuales vigor, ironía y eficacia para mantener admirado al auditorio. Al verle, se podría pensar que vivirá un ciento de años, como su abuela española. Su apariencia es ahora fresca y vigorosa, y se muestra tan activo casi como lo era hace más de cincuenta años en las pampas de la Argentina.

Me gustaría ocuparme de su producción literaria, representada en conjunto por más de treinta volúmenes, algunos de los cuales nutridos de prosa tan buena como la mejor que pueda encontrarse en inglés. Su libro de viajes sobre Marruecos, "Mogreb-el-Acksa", es, en su clase, uno de los mejor escritos en todo idioma, y perdurará.

Tenemos, después, "The Ipane", "The life de Bernal Díaz del Castillo, Conquest of the River Plate" y muchos otros, todos excelentes y algunos de mérito excepcional. Ha escrito en español una obra, "El Río de la Plata", pareciendo innecesario decir que conociendo esta lengua desde su niñez, puede servirse perfectamente de ella para hablar o escribir. En cada una de sus páginas se encuentra el reflejo de su personalidad notable y única que será apreciada con el transcurso del tiempo. Pero Cunninghame Graham no se ha inmortalizado tanto con sus libros como con su propia vida y aventuras. Se necesitaría un Cervantes para sintetizarlas en una obra magistral. Y, a su fin, podría copiarse el famoso epitafio:

...el hidalgo fuerte
Que a tanto extremo llegó
De valiente... etc.

palabras que pueden aplicarse a nuestro don Roberto de Escocia igualmente que a don Quijote de la Mancha, ambos inmortales cuyos fracasos tienen a la zaga valores espirituales más altos que los más grandes éxitos de los materialistas.

Charles Duff

Tiene Ud. Dispepsia?

Se cura fácilmente usando

SAL UVINA

en su dieta.

AGRURAS - FLATULENCIA - MAL
ALIENTO - DOLORES DE CABEZA

*Síntomas todos de que
su digestión anda mal.*

Desaparecen **RAPIDAMENTE** con
el uso de la

SAL UVINA

HERMANN & ZELEDON
BOTICA FRANCESA

Doctor JORGE MONTES DE OCA

OFICINA: 175 varas al Sur del Gran Hotel Costa Rica
TELEFONOS: Oficina, 2950 -- Habitación 2740

Tratamiento eléctrico por ARSONVALIZACION DIRECTA de reconocida eficacia para Flujos e inflamaciones del vientre; ensáyelo. Cistitis, Prostatitis, Blenorragias e Hipertrofia de la Próstata; hágase ese tratamiento enseguida.

OCTAVIO JIMENEZ A.

ABOGADO y NOTARIO

OFICINA: 50 varas al Oeste de la Tesorería
de la Junta de Caridad.

Teléfono 4184

Apartado 358

Dos notas económicas

= Colaboración =

1.—LA REVOLUCION QUE VIENE

No deberá escapar a la atención de los escritores y pensadores hispanoamericanos que dan preeminencia a los problemas sociales de nuestra América, la dirección ideológica que ha ido precisándose en la conciencia mundial desde que inició sus labores la Conferencia Económica de Londres.

La dirección ideológica a que me refiero y que responde a un impulso franco y enérgico de parte del Presidente Roosevelt, va hacia una reforma monetaria tan avanzada y de tan vastos alcances, que no podrá haber habido, en el momento contemporáneo, cosa más radical para la vida económica de las naciones. Estamos a las puertas del tercer grande y noble experimento del siglo: el experimento de la moneda regulada por el Estado y correspondiente a un patrón que ya no es el patrón de oro, ni de plata, ni bimetálico, sino a un patrón que yo llamaría patrón de compra, patrón de mercancía o patrón adquisitivo.

Esta renovación en las ideas monetarias viene a constituir, he dicho, un gran experimento social, no de menor importancia que al que sigue su curso sinuoso y sorprendente en la Rusia Soviética y en las dictaduras fascistas y casi fascistas de Europa. La reforma monetaria no será ni el socialismo, ni el comunismo, ni el capitalismo. Será una realización armoniosa y hábil de los tres sistemas, porque bajo el régimen de la moneda regulada y del patrón adquisitivo, el Estado moderno podrá responder a las exigencias fraternales del comunismo, a las técnicas y rigoristas del socialismo de estado y a los reclamos comprensibles y naturales del capitalismo.

Pero tal vez me he adelantado en esta visión expositiva. Cabría preguntar algo más acerca de lo que está por pasar o que pasa ya en la vida de las naciones.

Simplificando, y queriendo solamente que estas líneas sean un toque de alarma a las inteligencias investigadoras que viven enamorados de los problemas sociales y económicos, como simples y secundarias fases de la modalidad social, diremos que la reforma consiste en esto; en que el mundo ya no regirá su desarrollo económico a la cantidad acumulada de oro o plata en los sótanos de los bancos, sino a la capacidad de producción y consumo de riqueza de las colectividades humanas, y que para lograr ese nuevo ajuste, las monedas ya no serán precisadas y calculadas por su equivalencia metálica, por su paridad oro o plata, sino por su poder adquisitivo de mercancía y de trabajo.

Las oscilaciones económicas, llamadas ciclos económicos, y que de modo rítmico han sacudido la estructura del mundo desde los comienzos del siglo pasado, provenían, no solamente de las oscilaciones naturales relacionadas con la



Unser Bruder

Nuestro hermano

Madera de Franz Masereel

producción de riqueza, sino también de la inestabilidad y descorrelación que existía entre la capacidad de producción de riqueza de un modo renovado constantemente por la técnica y las posibilidades de crédito dentro del régimen de una moneda metálica de producción absolutamente inelástica. El régimen monetario exigía el mantenimiento de un triple equilibrio: el equilibrio entre la producción de oro y la producción de riqueza, el equilibrio general interno entre la producción, la inversión y el ahorro, y el equilibrio externo entre la moneda de un país y las monedas de los otros miembros del mercado internacional.

El problema podría haberse enunciado con las mismas palabras de John Maynard Keynes: conflicto entre el equilibrio interno y el equilibrio externo. Si en un país cualquiera resultaba roto algún eslabón en el mecanismo comercial, los institutos bancarios tenían por deber procurar un reajuste interior que significaba, siempre, la estrangulación de la vida colectiva, porque, a todo trance, la escuela conservadora pedía la paridad oro de la moneda. Conforme al criterio que está abriendo brecha ahora y que se expresó en el mensaje enviado por el Presidente Roosevelt pidiendo la continuación de la Conferencia Económica Mundial, lo principal en la vida del mundo es la conservación del equilibrio interno económico y no el valor oro o valor internacional de las monedas.

Tal vez esta explicación resulte oscura para el lector profano en cuestiones económicas. El asunto, sin embargo, se presta al lenguaje ordinario y sencillo.

Consideremos el caso de la gran cri-

sis mundial que hasta en estos momentos nos abrumba. Al efectuarse el colapso bursátil de octubre de 1929 y precipitarse el nivel de los valores, arrebatando sus ahorros a millares y millones de familias y arrojando a la calle legiones innumerables de trabajadores, los gobiernos del mundo no pudieron hacer nada para aliviar la situación. A consecuencia de esta incapacidad técnica y legal, cerca de treinta millones de trabajadores se han visto privados, durante tres años ya bien largos, a procurarse elementos de vida. La revolución social, por medio de la violencia y hacia la destrucción definitiva de las instituciones sociales de hoy día, ha sido algo inminente y tal vez secretamente suspirado por muchos inconformes. Pero el Estado, los gobiernos capitalistas, no podían hacer nada. **Porque, ante todo, había que conservar la paridad oro de las monedas.** El hombre, como criatura con derecho a la libertad y a la vida, venía a quedar supeditado al rigorismo de un concepto vano, de un dogma científico falso. De nuevo el choque entre la ley y la caridad. Entre la letra y el espíritu. Entre Moisés y Jesús.

Pero viene ahora el nuevo evangelio económico y coloca, en primer lugar, la vida de los trabajadores, la alegría de los que amasan el pan y levantan las maravillas de la edad moderna. El Presidente norteamericano declara que lo que importa es restablecer el nivel de los precios, dar trabajo a los que ansían trabajo y procurar felicidad a los que están sobre el mundo. No importa que la paridad oro de la moneda se venga abajo y que un dólar que ayer valía o pesaba tantos gramos de oro venga a pesar hoy la mitad o una cuarta parte. Lo esencial es que las mercancías valgan tanto como ayer. Que los salarios se restituyan al nivel primitivo. Que los gobiernos continúen su gestión transformadora. Que la vida se viva sin más limitaciones que las que imponen la bondad y la diligencia de los hombres.

El becerro de oro ha caído hecho pedazos a los golpes de un hombre ordinario que tenía, que tiene, sin embargo, la grandeza de estar cumpliendo una misión trascendentalmente humana.

Este nuevo concepto de la moneda representativa, de la moneda de papel regulada y ordenada por el Estado para hacer el bienestar de los pueblos, desplaza las coordenadas del problema social. La cuestión social viene a convertirse en una cuestión monetaria. La amenaza del imperialismo económico, que se tendía sobre las naciones coloniales de Africa y América como la sombra de un ave de rapiña, se disipa en la luz. La lucha entre unos hombres y otros, entre una clase social y otra, viene a tener perspectivas totales, absolutamente distintas. El problema

social debe ser replanteado desde estos momentos.

Los escritores y pensadores hispano-americanos, en su grande y digna mayoría, sienten a cada paso la tentación económica. Nada más natural, pues el arte literario está hoy al servicio de la jus-

2.—LAS CRISIS DEL CAPITALISMO

Probablemente no será esta crisis la que marque el fin del régimen capitalista. Hay dos consideraciones que favorecen esta tesis. Por un lado, las fuerzas que podrían obrar la decapitación final del sistema de propiedad privada no han llegado aún a la mayoría de edad en los países de Occidente. Por otra parte, los directores de este régimen pueden resultar, de un momento a otro—remozados por los vientos de renovación que soplan sobre la ciencia económica—capaces de detener el desastre y realizar las rectificaciones que la hora demanda. De todos modos, a mi juicio, existe la posibilidad de que la gran crisis de este momento sea reiniciada dentro de los cánones del capitalismo, y hasta eliminada como una amenaza persistente en el porvenir.

La vieja escuela económica tenía como principio mantener la estabilidad de la moneda. Por estabilidad se entendía la permanencia de valor oro de cada moneda, de tal modo que la promesa que los Gobiernos de todo el mundo hicieran en sus leyes monetarias no pudiera nunca ser desmentida. Los gramos de oro que señalaba cada ley debían ser defendidos como un pacto de buena fe. Esta exigencia pudo tener su trascendental alcance frente a las crisis fiscales de las naciones de Occidente, que obligaban a reyes y emperadores a vivir en constante mentira monetaria, envileciendo sus monedas para cubrir los huecos que ocasionaban las guerras de conquista o las oscilaciones naturales del comercio. Favorecía esta tesis la necesidad de infundir confianza al ahorrante en momentos en que las bases del crédito estaban por fundarse firmemente y en que las instituciones bancarias no delineaban características definitivas.

Pero las urgencias de la civilización y el crecimiento natural de las instituciones de crédito, ampliaban el medio circulante en un nuevo sentido. La moneda dejó de ser la pieza acuñada de metal y se convirtió en un pedazo de papel, con respaldo limitado bajo la protección de las leyes y de la integridad moral de los institutos emisores. Esos signos de cambio llegaron a multiplicarse más tarde, gracias al uso del cheque y a la expansión de los depósitos hasta una cantidad tal que todo el oro del mundo, extraído en toda la historia humana, no podría permitir en ninguna circunstancia la conversión simultánea de esa moneda ficticia.

Y en efecto: la vida monetaria ha sido un fenómeno de confianza colectiva y la prosperidad de las naciones capitalistas se ha hecho consistir en eso tan frágil. Imaginad que se toma a un hombre y que se le obliga a caminar

ticia—más que nunca—y la justicia a que aspiran nuestras muchedumbres involucra una cuestión económica y social. Conviene, pues, que se haga una rectificación inmediata. Habiéndose movido el enemigo, el objetivo de nuestras armas debe ser otro.

sobre una cuerda tendida sobre el abismo. Le urgimos a conservar su serenidad y mantener control absoluto en sus nervios. Y si este hombre camina sin vacilar, con la vista fija en una dirección permanente, recorrerá la ruta trágica y nosotros podremos aplaudir su valentía. Pero si un soplo de horizonte cambia el cálculo de su estabilidad, o su equilibrio nervioso falla un instante, el desdichado está de antemano condenado al abismo.

Este hombre que camina sobre la cuerda tendida al abismo, es la sociedad capitalista, trabajando en un régimen de expansión de crédito, con unidades monetarias y derechos tangibles veinte veces mayores que las reservas de oro. Si la producción no sufre oscilaciones naturales: si todos confían los unos en los otros; si los gobiernos no declaran la guerra; si la concurrencia comercial no sacude con violencia ninguna estructura; si todos los hombres resultan como las piezas producidas en serie, uniformes, iguales, entonces, la sociedad irá bien: salvará el abismo. Mas si mañana la producción de cereales excede en un 20% las expectativas del mercado, o hay una maniobra contra alguna empresa, o se amontona un grupo de desocupados frente a la ventanilla de pago de un banco, entonces, todo el mundo corre a convertir sus billetes por oro acuñado y a retirar sus depósitos, o a realizar sus efectos. Los precios bajan precipitadamente. Las bolsas padecen delirium. Se cierran los bancos. Se deprecian las acciones. Millones de in-

felices pierden sus ahorros de toda la vida. Las familias ejecutadas por los acreedores se van a la calle. **El hombre de la cuerda se ha ido al abismo.**

Menos mal que ese sistema estúpido de obligar a andar a un hombre sobre una cuerda, será darle camino amplio donde pueda ir con relativa seguridad. Convenimos en que para un hombre en estado de ebriedad no hay camino seguro. Pero también la cuerda sobre el abismo sólo será ruta segura para ángeles o demonios.

El progreso humano, la creciente capacidad de producción de riqueza gracias al mejoramiento constante de la técnica y al aporte de las nuevas generaciones, no deberá ceñirse a la producción mezquina de oro o plata, ni se deberá desquiciar toda la estructura de la sociedad capitalista por guardar fidelidad ciega a una mentira absoluta: la posibilidad de conversión de todas las unidades monetarias de un determinado país. Será preferible confesar esa imposibilidad material: inconvertir todas las monedas del mundo de una sola vez, y poner al frente de la maquinaria social, en vez del lema de la estabilidad de las monedas, el otro más genérico y humano, más justo y amplio: el de la estabilidad de los precios.

Si la sociedad capitalista logra esa finalidad trascendental, la expansión del crédito, sobre base firme, podrá impulsar el progreso humano hasta límites desconocidos y acabar con el apremio triste del hambre. Calibán ya no repetirá constantemente, como en la comprensiva tragedia, el triste, aunque humano, **I want to eat.** La distribución que quieren las escuelas revolucionarias se realizará por medio del desbordamiento, y las generaciones que vengan, cada vez más intelectualizadas, más generosas, como dice Wells, podrán cambiar radicalmente el tono de la vida.

N. Viera Altamirano

La Unión, El Salvador. 1955.

Estampas

El funesto fajismo italiano y sus deplorables contagios

Argentina es la mujer que acusa

= Colaboración =

La acusación de esta mujer argentina nos ha hecho recordar un pasaje de Heine en defensa de la libertad. Resulta irónico en nuestra época, pero en 1828 fué expresión nacida de un espíritu libre que quería servirle de guía a la libertad y buscaba continentes en donde pudiera ella crecer. El pensamiento de Heine ha recorrido esta geografía americana y reflexiona así: "Si toda Europa se convirtiese en un inmenso calabozo, aun quedaría otro agujero por donde meterse, y es América, y, ¡gracias a Dios!, el agujero es aún mayor que el calabozo mismo". Un vasto continente

para que la libertad aliente a sus pobladores y les infunda dignidad y decoro, esto hay fuera de Europa y los perseguidos tienen marcado ese noble itinerario. Cuando las ideas sufran exterminio y el retroceso salga de sus cavernas, las mentes libres saben que atravesando un océano encuentran tierras propicias y acogedoras.

No quiso Heine ironizar a costa de estos pueblos de América. Su juicio anhelaba ser certero. Lo hacía para utilidad de un continente nuevo que podía sin esfuerzo ponerse a salvo de las fuerzas que assolaban al europeo. No con-

tó Heine con que esas fuerzas tienen poderes inmensos de vasallaje y hacen del hombre un ser sumiso. El agujero que la libertad tenía para huir del calabozo de Europa ha ido reduciéndose. La América tiene la estructura sombría del calabozo. Los gobiernos en su mayoría imponen la regresión. ¿Qué, si no regresión, es lo que amenaza, por ejemplo, a la Argentina? Cuba ha sentido la pezuña de la bestia. Argentina empieza a sufrirla. Una mujer valerosa nos ha enviado la acusación que no puede callarse. El caporal ha cogido mando en la Argentina y anda desafortado encarcelando las ideas que dan al hombre el sentido profundo de la libertad. Europa invade el campo que Heine vió propicio para el libre crecimiento del hombre. Los regímenes dictatoriales de Italia y Alemania se prolongan sobre la América nuestra y el caporal por instinto los incorpora al gobierno. Hablamos de la Argentina, porque en esta nación es, después de Cuba, en donde hoy se desprecia con más saña la vida humana. Es necesario pensar en el mal argentino. Nosotros sentimos que si Machado tuvo voces varoniles que lo acusaron y dieron con él en el sepulcro del ostracismo, Justo, el argentino, debe correr la misma suerte. Caporal lo hemos llamado recordando las páginas fuertes de González Prada. Y como no pretendemos crear una fauna política citemos al peruano: "Siempre que, refiriéndonos a gobernantes y gobiernos nacionales, digamos tirano y tiranía, entiéndase caporal y caporalismo. El caporalismo significa, pues, la degeneración del militarismo, como si dijéramos una degeneración doble o efectuada en una regresión".

El actual Presidente de la Argentina es un caporal bien definido con la doble mezcla del caporalismo americano e italiano. Su gobierno es tiránico. El funesto ejemplo del fascismo — o fajismo que dice Unamuno—amenaza volver miserable al argentino. En la Argentina una policía brutal y soez sirve de aparato de destrucción y realiza actos inhumanos que sorprenden. Hemos leído estos documentos, enviados por mujer valerosa y sufrida, con la misma indignación con que hace poco leíamos los relatos de los crímenes del machadato. El fajismo argentino quiere la regresión siguiendo las huellas del ensimismado Mussolini. Y para imponerla mata, encarcela, tortura. En las cárceles ha metido a multitud de obreros apresados cuando estaban en sus reuniones habituales y los mantiene en celdas valiéndose de ese otro aparato infame de la justicia. Con procesos instruidos con esbirros aleccionados, y fallados por jueces atroces quita la libertad al trabajador. Algunos necesitarán, para tener por verdadera la acusación que hacemos, del documento. No imaginamos cargos y los relatos que nos conmueven han sido publicados en periódicos independientes de la Argentina. Leemos, por ejemplo, la denuncia de los estudiantes: "La reacción se desencade-

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome "Selecta"

No hay nada más agradable ni más delicioso.

Es un producto "Traube"

na cada vez más sobre los obreros y estudiantes que luchan por un mejor ambiente social. Ya no son las detenciones en la calle y en los actos públicos sin ninguna causa "legal" que las justifique; los allanamientos de los locales y centros obreros, las detenciones por imaginarias portaciones de armas. Se ha llegado a mucho más: ahora se aniquila físicamente a los obreros y estudiantes. El refinamiento criminal de los agentes policíacos llega hasta lo increíble: destrozando los dedos de los detenidos con tenazas y palillos; romper la cabeza a puntapiés; dejar a los obreros a la intemperie desnudos y mojados a fin de que se enfermen de tuberculosis; machacarles partes vitales sobre una mesa; hacerlos comer periódicos sindicales; amenazarlos con violar a las compañeras; dejarlos en el calabozo sin comida durante 6 y más días". Cosas terribles delatan los periódicos que hemos recibido y lo anterior hace pensar en seguida en un gobierno oprobioso.

Y más que en un gobierno de oprobio se piensa en el mal grande que ciertas demencias del hombre adueñado del mando de una nación disemina sobre los pueblos del mundo. El fajismo—sigamos con el término de Unamuno—es el estado de sumisión más lamentable en que puede caer el espíritu libre. La sumisión a la fuerza, es decir, a la pezuña. La fuerza domina haciendo lo que vemos hacer ahora al caporal argentino. Persigue toda manifestación libre. Un racero igualador es el principio grande de gobierno. La cabeza que piensa es una y a ella debe acudir sin distinción el grande y el pequeño. Y el que no acuda porque sienta que es persona y no cosa, es perseguido hasta el exterminio. Necesita el fajismo la obra aparatosa, el monumento, el edificio, la carretera, el vehículo. Con lo delesnable asombra a los imbéciles que repiten lo del "hombre fuerte" en el gobierno. Con lo superficial forma sus legiones ignoras que dan aclamaciones e inundan de estridencias el ambiente.

Mientras tanto crecen las muchedumbres arrebañadas, militarizadas, la nación adquiere aspectos desolados. La libertad no significa nada para el fajis-

mo. Precisamente es sin libertad como puede el gobernante fuerte imponerse. Todo está uniformado cuando el fajismo manda y para uniformar pareceres y acciones se encarcela, se asesina, se tortura. La regresión es el fruto del fajismo.

Por esto hay que alarmarse en la América nuestra cuando el funesto ejemplo italiano ha enredado a caporal argentino, o chileno, o peruano. El gobierno de la Argentina es acusado de fajista y en realidad son tan exactas sus persecuciones a las del fajismo europeo que el suceso debe volvernos vigilantes. No debemos darnos tregua en el combate contra la superstición del hombre fuerte como ejemplar indispensable para gobernante. Por aquí se abre la brecha al fajismo. Y miremos hacia Italia y hacia Alemania dominadas por gobiernos fajistas. Allí todo es regresión. No queremos para nuestros pueblos más barbarie que esta de que nos vamos librando. Contra el fajismo, lanzar cada día la acusación que lo fulmine. Ese estado terrible no es para pueblos que quieran limpia su dignidad y su decoro fuerte. El fajismo destruye salvajemente. En la Argentina, que es en donde lo encontramos con más arraigo, se ha legislado imponiendo pena de muerte para todo el que defienda las ideas, que es defender la libertad irrestricta. De estos medios necesita un sistema de gobierno regresivo, porque sólo la sangre colma sus fuertes apetitos.

Muchos males tenemos para recibir todavía la lacra fajista que es el resumen de las mayores desgracias. Unamuno, vigilante siempre, quiere librar a su nación de ese contagio y dice del fajismo: "...régimen en que una exigua minoría se haga casi totalidad, o un régimen totalitario, de Estado antiliberal, que acabe con lo que se llama clasismo, que uniforme a todos y a todos imponga una vida de privaciones materiales, intelectuales y hasta morales". Y de destrucción certera para el que se rebelle contra esa vida miserable. Sumisión al amo es la consigna fajista. El amo estará después del dios y quién sabe si no también antes. Porque la imposición sobre cabezas humanas se genera-

liza con un sentimiento humillante de superstición. El amo se impone de la condición del súbdito y sabe que el dominio total lo conseguirá cuando no le quede resquicio sin infiltración.

Los sucesos de la Argentina, los sucesos de Cuba, la monstruosidad de Venezuela, dan a la expresión de Heine un sentido grande de ironía. Pero tenemos que librar a esta América de que se vuelva calabozo. Será el fajismo la fuerza oscura que más puede contribuir a esa regresión. Y para luchar contra el fajismo lo más certero es luchar contra el caporalismo que tanto abunda en el mando y fuera del mando. No descuidar la vigilancia. Volvamos el pensamiento a la Argentina y denunciemos

los crímenes de aquella barbarie. Comienzan apenas, y si hay un sentimiento colectivo de repudio, quedarán aislados y allí morirán. Mas si nos volvemos indiferentes y no creemos en la acusación de tanta gente atormentada, perseguida, preparamos el camino para un fajismo que ya es caporalismo, es decir, degeneración del militarismo. Y mucho hemos conquistado ya para dejar que la regresión nos atropelle. Regresión es lo de Cuba, regresión es lo de la Argentina. En suma, fajismo que hará de América un calabozo miserable.

Juan del Camino

Costa Rica y setiembre de 1935.

Ño Justito

= Envío del autor. San Salvador. El Salvador =

A la memoria de Alberto Masferrer

Exordio

Justo fué, de muchacho; Ño Justito, ya de maduro, y ya de viejo achacoso. Había nacido en la Junta, en la Junta había vivido, y en la Junta feneció. Para él, no hubo más mundo que aquel parco caserío que, como soleadas pencas de izote, pega sus ranchos de lodo y paja a la tierra calichosa de la cuchilla que en aquel punto forman la conjunción del Tomayate, que viene del Sur, y el Acelhuate, que viene del Oriente. La mayor parte de su existencia la pasó sin salir de su radio. Por la tarde, iba a sentarse a los talpetatones de la cuesta del Burro, y viendo pasar las aguas fangosas del río, infladas como barriga de chucho muerto, comentaba con los demás habitantes del caserío la vida de los ranchos. Por la noche, bajo el amate, mientras se quemaba el montón de basuras, oía el relato de consejas que nunca, ni con el agobio de los años, dejó de apetecer. Escasas veces cañeó en «El Angel» o manzaneó «Mapilapa». Cuando el Señor de todas las Misericordias tuvo a bien llamarle a sí, acababa de cumplir los ochenta. Fué casado un tiempo. Su mujer, una buena bestia de trabajo que reventó sobre el surco, se llamaba Bibiana Montes; y le dió, del matrimonio, tres hijos que murieron, como la nana, dejándole solo, y triste. Se quedó solo, y erró por todas las finquitas y todos los güatales de los alrededores. Todo el mundo le conocía. Y a pesar de su facha astrosa, y de su físico poco agradable, le consideraban, por honrado, por trabajador, por humilde. Nunca tuvo techo propio, ni lo ambicionó siquiera. Siempre se abrigó bajo el ajeno, y supo perdurar grato a la hospitalidad y al pan ofrecidos. Por donde quiera que pasó, supo dejar buen recuerdo. Cuidó lo de otros, como si fuese propio, tal vez más que lo propio, si lo hubiese tenido. Guardó para quién le diera trabajo, o le acogiera con benevolencia, fidelidad de perro. Y nunca, cuando la necesidad o el acaso, le hizo tornar a sitios donde antaño se detuviera, encontró mala cara, ni repulsa a su machete de tareyero, o su puño de arador. El amor encendió alguna vez fuego vivo en el rescoldo que en su pobre alma dejara la desaparición de la compañera; pero aquel fuego se había extinguido, fugaz, bajo la vieja mortaja. Vivió

de añoranzas. La amargura no contaminó nunca su resignación. Fué bueno, honrado, fué trabajador, fué humilde. Así, como ño Justito, debieron ser los prosélitos que seguían a Jesús.

Paz a sus miseros huesos que se pudren en una sepultura de ínfima clase, en el rincón más montuoso del apartado camposanto, bajo el zacate limón y la flor de muerto! Y para su alma, la bienaventuranza que alcanzan en el otro, los que, en este mundo de miserias y pasiones, no supieron ser malos.

Parco en el beber

Al atardecer, pintando ya la noche, ño Justito solía llegarse al pueblo. Mediaban unos dos kilómetros, lo más, del lugar donde trabajaba. Y esto regularmente, los sábados, después del pago. En llegando al pueblo, ño Justito se encaminaba hacia la cantina «Los 3,666». Ño Justito era parco en el beber. Entraba en el estanco, se aproximaba al mostrador de tablas embadurnadas de un azul agresivo, y ahí, parado, él solo, se ingería dos, tres quinsones, hasta cuatro a veces, sin hablar, sin reír, sin parpadear siquiera, tieso como un estacón mal labrado a punto de filo de cuma. El halda de la charra de palma doblada sobre la frente; el dorso de entrambas manos apoyado en el zinc traqueteante y resobado que recubre el mostrador. Era el cliente silencioso de todos los sábados, que todos veían, que a nadie incomodaba. Ingería la primera copa. De pura blanca. Pura lija. La copa, opaca y pringosa, temblequeábale entre los dedos callosos, de reventadas yemas. Una sola buchada gorgoteante; e, incontinenti, se frotaba los labios humedecidos con el puño deshilachado de la camisa mugrienta. Mientras tanto, la ortofónica imprescindible iba mascullando metákuca, automática, chirriante, esplinesca, incansable, la serie obligada de discos Victor que alegraba y aligeraba el efecto corroyente del guaro. Iban pasando los discos. Los discos alborotadores. Los discos sentimentales. Los discos lacrimantes. Los discos que ponían hormigueos en la planta de los pies, y encendían pólvora de chispa del diablo en la sangre caldeada por el alcohol... *Fox de los besos... Cuatro milpas... Tango negro... Marinero... Tardes del Ritz... Chau Chau... Cuando*

tú me quieras... Valencia... Tus besos fueron míos... Ño Justito, como que si ni tal. La música le resbalaba por el alma sin arrugársela de emoción. Ño Justito parecía no tener nervios. Y cuando engullía el último quinsón, pura lija, se iba, como había llegado, sin hacerse sentir, sin hacerse notar; sin que nadie lo molestase, sin molestar, a su vez, a nadie. Desandaba la ruta recorrida para llegar hasta el pueblo. El guaro le caldeaba el esófago, le avivaba la circulación, le encandilaba los ojos, le trasudaba las sienes. Pero esto no era cosa de todos los días. Esto acontecía todos los sábados, después de la hora de pago, y cuando un gusanillo chirriquistillo le roía, le roía en lo más escondido del pecho, y una remembranza, quien sabe cual, le apuntaba an la turbiedad de la memoria.

Sobrio en el comer

Cuando ño Justito entraba a la cocina, lo hacía calladito. Calladito se acurrucaba en un rincón, donde menos molestara, y calladito se quedaba ahí hasta que, a la molendera se la ocurría preguntarle:

—Ya tien'hambre, ño Justito?

La pregunta holgaba. Ño Justito, apenado, respondía siempre:

—Alguito, Marcos.

La molendera, que daba vuelta en el comal, a una de las reverendas chengas, empuñaba la renegrada cuchara de cáscara de morro, y la zurdía en la olla de los frijoles negros. En un desportillado cuenco de barro vidriado vaciaba la ración, bien abundante; de debajo un canasto embrocado, sacaba una tusa de cuajada, cortaba con el romo cuchillo mantecoso una tajada, y poniéndola sobre dos chengas bastotas y redoradas, le entregaba su «conqué». Ño Justito lo recibía en silencio, se alejaba de la cocina en que los demás mozos charchuelean, y sentándose en el santo suelo, a la sombra de algún árbol follajoso, comía, sin apuro alguno. Con los dedos callosos, de reventadas yemas, iba haciendo pedacitos la reverenda chenga, para ayudarle un poco a su dentadura carcomida, y con el pulgar, el índice y el anular hechos piña, formaba el bocado. Y lento, calmoso, como era en todos los actos de su vida, se lo llevaba a la boca. Y lento, calmoso, lo masticaba, como un viejo buey rumiaba su dentellada de pasto.

Moderado en el fumar

Una vez terminado su corto yantar, ño Justito recostábase de espaldas en el tronco roñoso del árbol follajudo, y sacando de la bolsa del pantalón el pañuelo apesotado a sudores, iba desenvolviéndolo hasta topar su chirilagua, hartas veces a medio arder, una de esas chirilaguas de capa descolorida, toda cruzada de venas y costurones, y con el alma tostada cepa de plátano. Lo encendía con la lumbre de su eslabón, y entre el humazo, como de tizón de chamiza chamagua, cerraba los ojos bolsudos, como los de los sapos, y se iba adormilando, adormilando. (Muy cerca de ño Justito comenzaban entonces a estridular los chiquirines, a alumbrar sus candiles las luciérnagas entre los escobillales; y de la otra orilla del río, hacia la quebrada del Curtidor, algún guás hacía sonar, melancólico, su saxófono).

Discreto en el amor

En la vida no se le conoció mujer a

ño Justito. Alguno hablaba, pero muy vagamente, sin afirmar nada, de que con ña Bernarda Güecho había tenido al Chicón. Hacía de esto muchos, muchísimos años, antes de la Guerra Nacional, cuando en Chalchuapa murió Rufino Barrios. El Chicón era ya bien maduro. El Chicón? El mero Chicón, el que se sonsacó a la Beba, la de la comadre Gertrudis, y que vivía de colono en el Sitio. La paternidad, según el gratuito y dudoso cronista, la llevaba el Chicón cincelada en la carátula. Las mismas ñangas desfloronadas de ño Justito; el mismo getón morado, colgante como un bello, de ño Justito; los mismos ojos bolsudos, como los de los sapos, de ño Justito; la misma frente abollada y la crencha de cerda murucha de ño Justito. En lo que no le semejaba el Chicón a su presunto tata, era en la apostura. Ño Justito era pequeñito, pechito, y dejaba, al caminar, una pierna, la izquierda, a causas preléritas de un reumatismo que cogió cuando fletaba carga al puerto de La Libertad. En cambio, el Chicón era fornido, recio como un troncón de copinol y musculoso como un rejero de sitio.

Hablábase también de la Inesa Coyota, la mujer del negro Indalecio. ¿La Inesa Coyota?, la mismísima Inesa Coyota que vive en un ranchito de tejas, a la salida del pueblo, como quien va por Guazapa, en el platanar del puente, pegadito a la herrería del señor Leopoldo Canjura. Mata chanco y tiene su expendio de carne, manteca y fritada en la plaza junto al puesto de la Ostaquia Jarquín. A ella, nunca su señora madre le había dicho nada al respecto de esa paternidad. Oye decir aún por ahí, que su tata lo es ño Justito. Bueno. Si efectivamente lo era, a ella qué? Si la gente lo había dicho, y lo seguía repitiendo, por algo debía ser. Cuando el río suena piedras lleva...

Con respecto al peche tranquilino no había nada. Toda la leyenda se había venido al suelo, cuando ño Juan Gálvez, al fenecer, lególe su terrenito, su carreta y su yuntita de bueyes. No había qué hacer! El testamento estaba en toda regla. Ño Juan declaraba, en papel sellado, ante un notario de la ciudad venido expreso, la paternidad, y con ella obraba como buen padre. Con tan noble proceder, ño Juan Gálvez quitaba de encima a ño Justito esa afirmación hipotética.

Tempranero en el dormir

Al regresar al rancho en que se hospedaba, entre los pelones palos de pitos y los zunzas llenos de pelotas, dejaba su cuma trabada en un horcón, y así vestido, en una intensa tufarada a trasudor, se tendía en unas tablas, que fueron como de carreta, y que él había acondicionado, habilidosamente, en cuatro horquetas. Sobre las tablas, las veces de petate las hacía un cuero de res, todavía apesotado a curtiembre, que crujía a cada vuelta y revuelta. De almohada tenía un guangocho doblado en cuatro. En aquel aderezo, abandonaba su cuerpo rendido a las fatigas y a los años, de pronto se quedaba inmóvil, con los ojos abiertos fijos en una hendedura del techo pajizo, por donde se filtraba la claridad de los luceros, cuando los había. Y así se quedaba dormido. Insensible como una piedra. Y roncaba, como un motor; y refunfuñaba, atorado, palabras ininteligibles. Sin embargo de esa pesadez de sueño, la primer clarinada de un gallo que dormía encaramitado en la rama más alta de un pater-

CON don Ernesto Latorre. Apdo. de Correos No. 18, en la ciudad de Panamá, puede Ud. conseguir el *Repertorio*.

no, cercano al rancho, le despertaba. Se levantaba. Desprendía su cuma del horcón en que la había dejado prendida, y con ella bajo el brazo, se encaminaba, calmoso como siempre, a su trabajo.

Poquita cosa en el morir

Una mañanita toda empañada de polvo de lluvia, ño Justito no se pudo levantar. Se quedó tumbado en su cuero, sobre las duras tablas que le servían de lecho. Ardía en fiebre. Tiritaba todo él, de pie a cabeza. Las sienas le estallaban. Los oídos eran un avispero. La boca, amarga, érale como de puro papel secante. El gallo que dormía encaramitado en la rama más alta de un paterno cercano al rancho, en vano había lanzado una, dos, hasta cinco de sus matinales clarinadas, que alborotaban a los demás congéneres. Ño Justito no se levantó. No podía moverse. Todo su mísero cuerpo era una sola dolama. En su rostro desencajado, sólo brillaban, intensas, ensanchadas las dos grandes pupilas color de miel de carao. Los labios, reseco, se removían en un vago gesto de intensa

succión. Nadie había cerca que aproximándose al lecho tosco del sufriente, pudiese humedecer los sedientos labios aproximándoles el filo del guacal de agua fresca. Al medio día, cuando el sol hubo salido y calentado la paja del techo, haciendo de él un cedazo por el cual se colaba el oro en fusión, ño Justito no sintió ya nada. Ni frío, ni calor. Nada vivía para él, a su alrededor. Su postración era absoluta. Apenas si los labios reseco seguían en su vago gesto de imaginaria succión, implorando un alivio que no llegaba nunca.

El sol chorreaba sobre el cuerpo de res. Anticipaba el amortajamiento. Cuando la noche hubo cerrado, y por la hendedura de la paja entró de nuevo, la claridad de los luceros, alguien, que acertó a pasar, llamó desde el umbral, y como no recibiera contestación, y como también aconteciera que ño Justito (cosa rara en él) no hubiese aparecido por el trabajo de tapixca que tenían donde la señora Diega, entró en sospechas. Penetrando al rancho obscuro, hizo luz con un fósforo, para indagar. Vió a ño Justito en el lecho, boca arriba. El fósforo se consumió. En lo obscuro, el pasante se aproximó, y comenzó a sacudir al durmiente, y a llamarle:

—Ño Justito! Ño Justito!

Ño Justito no respondía. Lo sintió yerto. Entonces, encendió otro fósforo, y acercando al rostro la llama, vió, en los ojos abiertos, las pupilas cuajadas. La mandíbula inferior caía abierta. Sintió miedo, y más que de prisa, abandonó el rancho. Pensó:

—Está defunto.

Agregando, compadecido:

—Pobrecito ño Justito!

Y prosiguió su camino, ligero, hasta ir a topar con el ranchito de hoja de plátano de ña Cleofas Cárcamo, que ubicábase unos cuantos metros más arriba que el en que ño Justito habíase refugiado. Ña Cleofas, acurrucada en medio del patizuelo, trataba de manear a tientas, una clueca que se obstinaba en encaramarse al dormitorio. La condenada no quería, por nada del mundo, coger nido. En el ponedero, ña Cleofas tenía, preparados, diez y ocho huevos. Oyó que del otro lado de la empalizada de palo-pique la llamaban:

—Ña Clíofas! Ña Clíofas!

Ña Cleofas dejó en paz, por un momento, a la clueca condenada, y levantando la cabeza, clavó sus ojuelos taladrantes en la silueta que del otro lado de la empalizada de palo-pique removíase:

—Qui'hai?

—Qui'acabo d'incontrar defunto en su cama a ño Justito.

—Y quién sos vos?—preguntó, desconfiada.

—Adiío, ña Clíofes! Ya no me conoce? Soy Niceto. El de ña Luz.

—Ajá! Conqué'el Niceto! Y decís qui'acabás d'incontrar defunto a ño Justito?

Aniceto afirmó, rotundo:

—Defunto!

—Ña Cleofas creyó del caso agregar algo:

—Di'alguna corrompición de barriga talvez. El pobrecito padesiya d'eso.

Y agachándose nuevamente, siguió en su afán de manear la gallina insurrecta, sin dársele un ardite la defunción de ño Justito.

Aniceto no dijo más. Se alejó, perdiéndose en la soledad y entre las sombras del camino.

Arturo Ambrogi

LA COLOMBIANA

SASTRERIA

F. A. GOMEZ Z.



Encontrará los mejores Casimires Ingleses, los mejores materiales, los mejores operarios y los más bajos precios.

HAGA UNA VISITA y será atendido

Teléfono 3283

Frente al «Siglo Nuevo»

Conversando con Gabriela Mistral

= De La Libertad. Madrid =

Gabriela Mistral acaba de llegar a Madrid. El Gobierno de su país la ha designado para que desempeñe el cargo de cónsul de Chile en esta ciudad y la gran poetisa viene ahora a incorporarse a su destino.

La obra de Gabriela Mistral ha tenido en España una gran difusión.

La vida de Gabriela Mistral interesa en España. Acaso por atormentada ha encontrado un eco tan amplio aquí, donde las vidas duras y difíciles son una mayoría inmensa.

Nos interesa conocer la opinión de esta mujer acerca de muchas cosas que se debaten en la actualidad. Y sobre el esquema de unas preguntas académicas que no van a ser contestadas, porque para eso se hacen, la maestra chilena—"toda pasión", como ella misma advierte—habla en términos generales acerca de la cultura.

—No quiero referirme a la cultura científica, por la sencilla razón de que yo no la poseo. Me interesan, en cambio, la cultura rural y la urbana elemental y superior. Quisiera que el campesino trabajase con poco envilecimiento físico; que adquiriese una cultura agraria muy en armonía con el trabajo que realiza: un conocimiento superior de cuanto se relaciona con la labranza, con el arte del campo: que aprendiese una manera limpia de vivir; que se crease una industria propia. Escuela, en fin, de especialización y perfeccionamiento agrario.

Respecto a la enseñanza primaria en las ciudades...

(Gabriela Mistral hace una pausa que subraya con una sonrisa. A manera de prólogo de lo que va a decir).

—Yo soy una enamorada de las artesanías, hacia las que siento un cariño muy vehemente, no obstante hallarse éstas en franca decadencia.

Esas artesanías que permanecen en torno a Nápoles—la marquetería de Sorrento, el coral de Capri, las cerámicas características de cada región italiana, el antiguo telar donde se fabrica el terciopelo en la Liguria, la forja fina del acero de Toledo y Florencia—, esas artesanías dejan en el niño una finura, una delicadeza especiales, derivadas del aprendizaje.

(Gabriela Mistral, atenta a sus escapatorias, a sus silenciosas digresiones, regresa un poco en el tiempo y en el espacio).

—También me interesa cierta parte del trabajo industrial—concede—en el que se deja al obrero un margen de creación. Por ejemplo, la industria textil. Y no es que odie la máquina cuando evita el esfuerzo del trabajador. Pero aun cuando el niño haya de ocuparse después en trabajos mecánicos, creo que le hace bien una preparación de la índole a que me refería.

En cuanto a la enseñanza superior—afirma—, soy partidaria de la jerarquización. Creo que el Instituto y la Universidad no deben ser invadidos por la



Gabriela Mistral

Madera de Laporte. (1951)

democracia; que es preciso un sentido de los valores y un sentido suntuario, no utilitario.

Detesto ese criterio norteamericano que hace del estudio sólo un medio de ganarse la vida.

Creo que el Liceo francés, con su enseñanza de tipo humanístico, con su imposición de las lenguas clásicas, es un buen modelo.

En lo que se refiere a la enseñanza industrial, reconozco que es una rama muy importante del saber; pero la miro como una cosa inaccesible para mí, como si se tratase de algo de otro planeta. Y desde luego insisto en que la enseñanza, especialmente la superior, no debe mezclarse a la política, sino limitarse a su función específica. Hacer ciencia y pensamiento puro.

(Otra pausa de Gabriela Mistral es acompañada de una nueva sonrisa. Su voz suave, su palabra fácil vuelven a sonar).

—Yo soy una mujer que nunca ha hecho política, aunque otra cosa se diga por ahí. Soy socialista, un socialismo particular, es cierto, que consiste exclusivamente en ganar lo que se come y en sentirse prójimo de los explotados. Pero política no hice nunca. Y ahora, cuando regrese a Chile y se celebren elecciones, es posible que no haga uso del voto, porque creo en los gremios, pero no en el voto.

(Poco a poco, Gabriela Mistral accede a situarse en el plano de lo real inmediato. Su voz se va afirmando y su gesto pierde el aire lejano que iba tan bien a un ensueño renacentista).

Hace propósitos respecto de España.

Tratará de entender lo español y de quererlo, como ha hecho antes en los demás países en que ha vivido.

—Noto la diferencia de raza—dice—. Siento el indio que llevo dentro. No es la sangre la amarra que nos une, es la lengua. Pero la lengua es un vínculo fuerte. Yo pienso que más que el amor. Me parece difícil querer en un idioma extraño.

La única pregunta que Gabriela Mistral debe contestarnos es ésta:

—¿Hispanoamericanismo o universalismo?

—La endecha sentimental de los suramericanos no me parece eficaz—responde—. Universalismo. Pero junto a este deseo, la inquietud de pensar que las razas no se funden.

(Ahora Gabriela Mistral tiene la voz atormentada. No obstante, sonríe. Toda ella, olvidada del humanismo, es una vibración humana. Sus grandes contradicciones le impulsan en este momento).

—Sí—declara—. Soy rabiosamente individualista. Necesito el aislamiento; pero a veces la masa tira de mí y siento la necesidad angustiosa de mezclarme con ella, de fundirme en ella. Luego, una nueva crisis me aparta otra vez. Es mi temperamento.

—¿Solo?

—Acaso el prejuicio... Pero no, no. También la religión, la no representada, la de oración sin palabras, me hace falta. Es mi escapada. El complemento de mi poesía. Y la poesía, en ocasiones, de tanto como se aleja uno, es casi un suicidio. ¡Esto me aparta de tantas cosas nuevas!...

—¿Lo siente usted?

—Quizá no.

Sonríe al hacer su incrédula negación. Gabriela Mistral, tan comprensiva, tan humana, con el recuerdo de muchos dolores en su vida, prefiere la evasión sentimental a creer en lo que no quiere creer. Pero discute siempre dulcemente, para no sentir en sí misma lo agudo de sus contradicciones.

(En la edición del 12 de Julio de 1953).

Sorpresa.—¿En qué sandalias de un viento invisible—aureolado de nieve de los Andes— vino hasta aquí Gabriela Mistral? ¿Qué estrellas animaron este deseo de arribar a puerto español a la luz viajera, por quien vive—¿con qué nombre!—toda la América latina? ¿Saudades del viejo amor, milagrosamente despierto al efectuarse el bello alumbramiento que nos dió la República o acaso juvenil anhelo de tender puentes cordiales entre la madre y las hijas, separadas por lastimosa ausencia?

Pero he aquí que a flor de labio, en el corazón, en los ojos, hasta en la luz que en saetas auriazuladas se filtra alegremente por las ventanas, una realidad—¿ensueño, maravilla?—de carne viva y bella nos conmueve. ¿Qué goce súbito de pájaro extasiado con sus armonías se nos entra aquí en el alma atóni-

(Pasa a la página 141)

Ideario de Alberto Masferrer

= De Patria. San Salvador, El Salvador =

1.—El Masferrer que yo ví

Yo conocí a Masferrer desde la escuela primaria, por sus prosas dulces y diáfanas. Ellas hicieron menos ásperas las lecciones de la lengua nacional que nos enseñaban los maestros oficiales. Directamente lo ví, lo oí, lo quise, lo admiré, ausculté su fase íntima hasta el año de 1929 cuando dirigía el diario "Patria" de San Salvador.

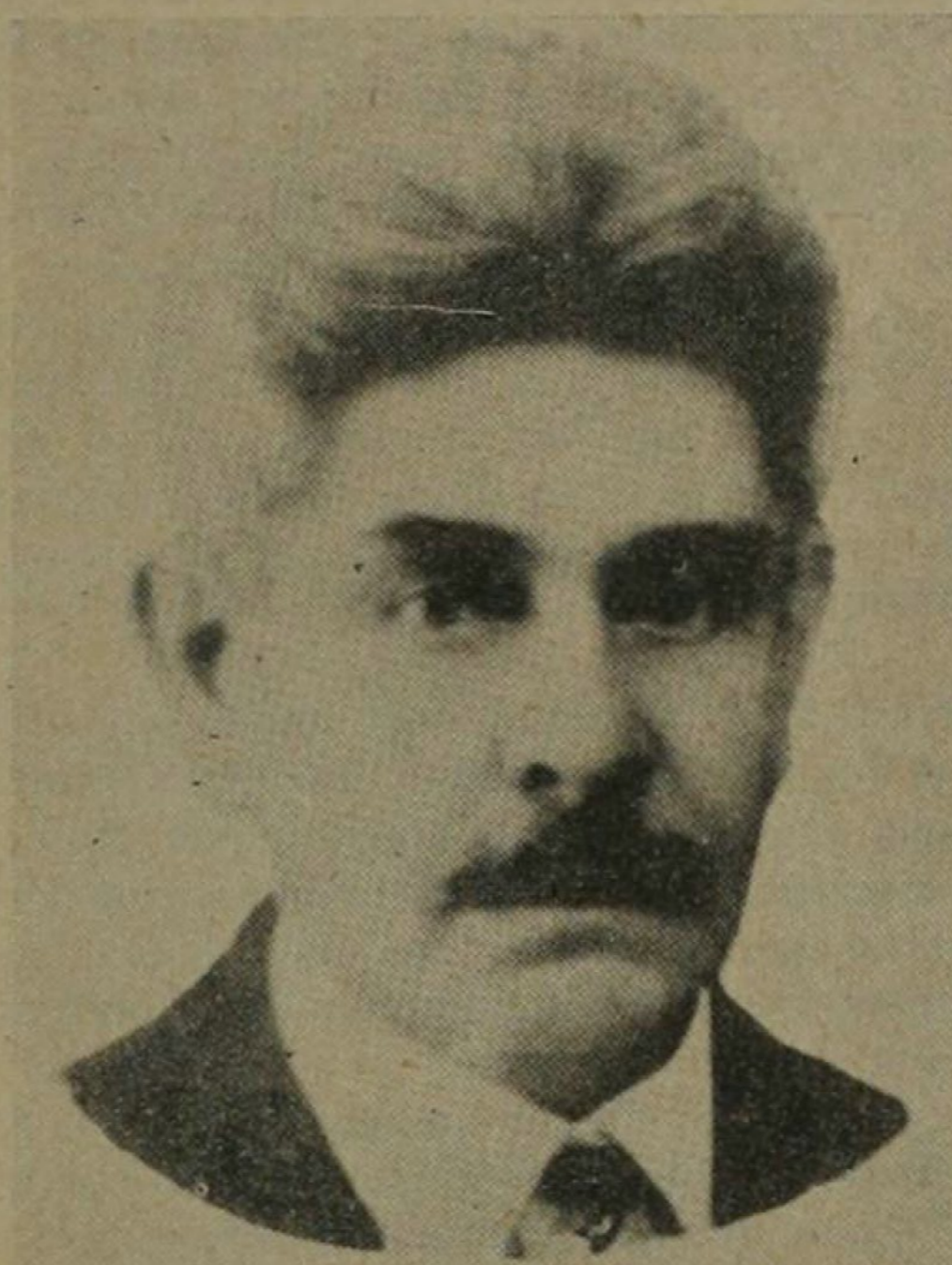
La monotonía de la vida estudiantil, cierto ritmo pesado de desorientación, me había llenado el ánimo de congoja. Sin saber para qué, me dí a redactar algunas notas de crítica sobre la Universidad. No sabía dónde publicarlas. No había periódico de estudiantes porque el estado de sitio impedía la publicación de esa hoja siempre terrible en sus combates. Se las enseñé a un amigo literato que tenía entrada fácil en el diario de Masferrer. Las llevó a la redacción y una tarde me inflé de vanidad leyéndolas en la primera plana de "Patria". Una tarde Salvador Cañas, que fué mi introductor, me decía que Masferrer quería conocerme. Me llené de alegría al pensar que conocería al hombre mencionado por todos, al escritor que desde niño nos habían ponderado como escritor de dicción donosa.

Una mañana de vacaciones fuí a la presencia de Masferrer. Entramos a la salita de redacción: sencilla, pocos muebles, dos o tres cuadros sencillos, más propios para un cuarto de bebé que para la redacción de un diario continental como "Patria". En la esquina el escritorio con libros, un frasco de tinta como los que los escolares tienen en sus pupitres, varios lápices, un afilador de puntas y un plumero sencillo también, pero gracioso, tan gracioso, como si la cola de un gallo de raza hubiese sido amarrada a la barnizada batuta de un músico.

Allí escribía, un hombre viejo, cabeza medio nevada; casi en la punta de la nariz, como abuelito, los anteojos de carey. De vez en vez miraba sobre los lentes, como quien se esfuerza por ver entre las reglas de una persiana, y nos decía: "Un momento, amigos míos; el terrible Ortiz, el compaginador, mi nuevo amo, está pidiendo desde hace unos instantes los originales". Ese hombre era Alberto Masferrer.

Yo lo imaginaba inmenso, atlético, fuerte voz... Quien escribiera editoriales tan valientes, quien hiciera tronar la República debía ser inmenso y fuerte. Pero no. Al levantarse de su asiento salió un hombrecito menudo, irreprochable, con el andar sutil como el de los gatos finos que miran sus sombras que se fijan en la alfombra de una sala. Aseado, pulcro, ropas bien lisas, corbata bien anudada. No había un solo detalle que denunciara descuido en su indumentaria modesta.

Sin mucho preámbulo comenzó el diálogo. Yo me concreté a escuchar el



Alberto Masferrer

† El 4 de setiembre de 1932.

Alberto Masferrer

= Envío del autor. Quito, Ecuador =

Lejos de su patria, El Salvador, ha dejado de existir el gran escritor de nuestra América Alberto Masferrer.

Su obra no es la de que se forman con un minucioso lujo de estilo, ni de las que pretenden atraerse la simpatía contemporánea en gracia de su novedad. Profundamente sincera, es de las que ya comienzan a volverse perennes, aun en la vida de sus animadores, por cuanto encierran ideas vitales, proposiciones de renovación que saben de la virtud de las raíces para crecer y fructificar.

Masferrer fué un solitario y este detalle de su existencia coincide con el de las de iguales hombres que se aislaron, en apariencia de renunciamiento y hasta en ademán orgulloso para quienes gustan de lucirse entre el bullicio de los aplausos y el comentario ad-hoc de los corrillos, pero que, en verdad, suelen vincularse más profundamente con el destino de los hombres, precisamente porque llevan a su silencioso laboratorio el complejo de las generaciones que muchas veces no saben conocerse a sí mismas por cuanto prefieren pasar con ambición de prisa, pagándose de la dicha deleznable del éxito.

Uno de los ensayos más floridos que saliera de pluma americana nos dió la revelación de Masferrer, el "Ensayo sobre el Destino". Allí se plantea, con gusto de pensador, que no excluye el de cierto descubrimiento filosófico, los problemas de la vida, frente a las viejas corrientes éticas del fatalismo y de la libre voluntad. No hay en ese parvo libro, y la edad de su elaboración, no es, además, recientísima, el pensamiento de nuestros días, explorador eficaz en el campo de la verdad científica, pero envuélvelo cierta deleitosa aura de poesía y el pesimismo que se desprende, con sutil contratiempo, de algunas señaladas páginas, es aminorado y disipado y contrapesado por una prédica de fervor, ésta sí recatada y sin efusivismo lírico que la llamaríamos semejante a la que en

(Pasa a la página siguiente)

viejecillo que desde el primer momento se cogió toda mi simpatía.

"Hemos publicado unas cosas tuyas en "Patria". Está muy bien todo eso, mozo. Hay tantas cosas que decir en esta tierra, que faltan facultades. Pero la Universidad sobre todo necesita una sacudida. Nadie mejor que los propios jóvenes para efectuarla. Hay allí muchas cosas viejas y mal puestas. Allí se necesita escoba dura y bastante agua y bastante jabón y hasta fuego. Trabaje usted. "Patria" puede recibir sus notas. Yo puedo y quiero servir a la juventud desde mi puesto, desde el sitio que me dan mis años. Ustedes ahora empiezan y todos los que empezamos, empezamos a prisa. Los años le enseñan recursos al hombre para golpear mejor y para defenderse más fácilmente. Eso nadie puede enseñarlo. Eso ninguno puede aprenderlo sino con la experiencia".

Habló largamente con una apreciación certera. Pegó duro. Acarició, y enseñada, la broma ingeniosa y sutil cerró la charla. Al despedirme me cogió la mano y me dió una palmadita en el hombro. Y dijo al amigo que me servía de padrino: Ya ve usted, amigo Cañas, viene otro.

Así irán llegando. "Patria" debe ser un regimiento de mozos aguerridos. Aquí no admitiremos a los poetas que quieren besar la luna palúdica... Las gentes están hartas de poetas...

...Había conocido a Masferrer. Mi memoria repasaba sus palabras... Me sentía dueño de algo nuevo. No se qué cosa me había transmitido, algo que no eran sus palabras, ese algo que lleva el hombre de talento fácil y de corazón abierto. Yo tenía que querer desde ese día a Masferrer. Desde entonces debía de llevarlo muy cerca de mi corazón.

2.—El retorno de Plutarco

Masferrer era hombre de pocos apetitos sensuales. Su ración alimenticia cotidiana era reducida. Casi siempre como de enfermo. Legumbres, frutas, mieles, galletas.

Vivía también en un rincón pobre al extremo. La casita quedaba metida al final de una vereda perdida en un Barrio Nuevo, pero no en la parte en que estaban construídas las quintas de corte americano sino hacia allá, hacia donde apenas se levantan las modestas construcciones de los hombres pobres, de los obreros.

Pero para el temperamento del Hombre, aquel rincón era más propicio que una sala de Versalles. Allí tenía el Conacaste gigante donde mañana y tarde la algarabía de pájaros le cantaba "un coro de las esferas". Allí tenía las filas de insectos viviendo sus vidas de las que el Hombre sacaba sus profundos apólogos...

Tarde a tarde lo buscábamos en su rincón. Nos reuníamos a escucharlo, a provocar el torrente de palabras, de

ideas, que se abría cuando se tenía el pulso de ser oportuno.

Aquella tarde del sábado quién sabe como el diálogo fácil llegó hasta el comentario de Solón. El viejillo se levantó de su asiento y trajo a Plutarco. Y habló así:

"Hijitos, el defecto que roe a nuestra generación y que nos está aniquilando en estos instantes es el desánimo para defender aquellos intereses que no atañen al bolsillo de cada uno.

Aquella virtud liberal que se llamó el patriotismo ya no existe, sino adulterada, como pretexto para llenar la andorja. Hay una fauna de falsos patriotas, de taimados, y que conservan una aureola, que administran con una maestría estupenda.

Nuestro país tiene así tantos valores convencionales cuya fama se reclina en el silencio. Nuestro pueblo iluso cree en la ciencia, en la probidad de esos hombres cuya maña para conservarse ha consistido en mantenerse inéditos, en ocultar sus errores, en eludir toda responsabilidad por miedo de que se derrumbe tanta mentira. No salen al sol porque siendo ídolos de sebo, tienen el temor de que los derrita la temperatura.

Este mal del desánimo para defender los principios es muy grave para un pueblo. Este mal es un síntoma de retroceso y de descomposición. Cuenta Plutarco que "advirtiendo Solón que convenía dar más auxilio a la flaqueza de la plebe, concedió indistintamente a todos el poder de presentar querrela por el que hubiese sido agraviado: porque herido que fuese cualquiera, o perjudicado, o ultrajado, tenía derecho el que podía o quería de citar o perseguir en juicio al ofensor; acostumbrando así el legislador a los ciudadanos a sentirse y dolerse uno por otros como miembros de un mismo cuerpo; y se cita también una sentencia suya que consueña con la ley; porque preguntado, a lo que parece: "¿Cuál es la ciudad mejor regida? Aquella,—respondió—en que persiguen a los insolentes, no menos que los ofendidos, los que no han recibido ofensa".

Pero aquí, en el medio nuestro, el mal público no le importa a nadie y los perversos y los malos hijos de las patrias desventuradas pueden pasearse impunemente seguros de que serán temidos y hasta homenajeados por doquier. El vivo es el moderno héroe. La virtud liberal llamada patriotismo y aquel culto castellano del honor se van perdiendo poco a poco... Me da miedo, hijos, que pueda ser imposible detener esa fatalidad...

Ustedes que manejan niños en sus aulas, ustedes que tienen a su alcance espíritus moldeables en el bien, en el heroísmo, infundan hábitos, esos hábitos que perdió la generación mía. Hagan hombres de responsabilidad, con responsabilidad para decir la verdad, con responsabilidad para rectificar en sus equivocaciones, con responsabilidad para ser valientes y leales y dignos y decorosos... Siembren, prediquen. Hagan muchachos insolentes, capaces hasta de negarlos a ustedes mismos, pero

en su presencia y en voz alta y no a espaldas o en cuchicheo.

El propio Solón "disponía que fuese notado de infamia el que en una sedición no hubiera sido de ninguno de los dos partidos. Era su objeto, según parece, que ninguno fuese indiferente, o insensible en las cosas públicas poniendo en seguridad las suyas propias y lisonjeándose de no padecer y sufrir con la patria, sino que desde luego se agregara a los que sentían mejor y con más justificación y les diera auxilio, corriendo riesgo a su lado en lugar de esperar tranquilamente a ver quién vencía"...

Ya noche nos despedíamos... Al despedirse terminó con estas palabras. "A los Maestros, a los Estudiantes interesa el retorno a Plutarco. Que Plutarco se mencione en la Primaria, que Plutarco se mencione en los Liceos, que Plutarco se mencione en la Universidad..."

Cada uno se iba pensando en las palabras del buen viejecito. Cada uno oía el coro de las esferas que los pajaritos habían empezado desde el Conacaste gigante para delicia de aquel espíritu que había sabido de todas las creencias...

3.—Los nombres como símbolos

Fuimos aquella tarde a ver a nuestro viejo a su misma casa. Le encontramos

placentero. Había tenido gratas impresiones en su labor periodística. Nos habló, nos regaló rebanadas azucaradas de piña. Su charla fué un monólogo. Tenía deseos de hacerse oír y no dejó mover los labios a nadie. Habló así: "Hoy, hijos míos, tengo el alma sencilla como cuando creía en los hombres. Y en verdad he vuelto a creer en ellos. A ratos soy creyente de aquella ingeniosa idea que en la conducta de los hombres o de los grupos influyen mucho los nombres como los muñecos. Un estado de ánimo da origen a una postura del cuerpo. El hombre alegre se levanta veloz, abre los brazos y no puede estar sentado. El hombre preocupado, sin quererlo adopta la pose que Rodín le dió al Pensador. Y al revés cuando se adopta una postura corporal, el espíritu toma la correspondiente. Quiere decir que un medio para adoptar el espíritu consiste en adoptar la postura correspondiente.

Igual, hijos, con los nombres. El hombre que se llama Felipe con los años tendrá cara de Felipe. Uno de vosotros puede llegar a ensayarse hasta acertar los nombres de las personas sólo haciendo una detallada observación del rostro de una gente.

¿Y ustedes no creen que algo puede influir en este país el nombre que lleva? Es El Salvador. El Salvador de algo. El Salvador de alguien. Creo que

Alberto Masferrer...

(Viene de la página anterior)

otro tiempo de ayer nos dieran meditados nobles de la talla de un Rodó.

Alberto Masferrer deja unos diez libros. Desde el de poemas, tributo de toda juventud que se siente con alas para los vuelos más continuados y lejanos y altos, hasta el ensayo, hasta el breviario de filosofía.

El poema místico como Helios, la Vida de Jesús, en interpretación que buscaba completaria, pues sólo llegó a escribir y publicar los primeros capítulos y, especialmente "Las Siete Cuerdas de la Lira", ese libro único entre los de nuestro Continente, en el cual se mezclan a las profundas incursiones del filósofo, el bordado de gracia y la música, libre ya, del poeta.

Masferrer deja también huella notable en el periodismo. En su Salvador luchó por los intereses democráticos y desde ese mismo rincón de la América céntrica dijo a los pueblos de la América sureña el evangelio de sus creencias en el destino de nuestro Continente libre de tutelaje y formado en avante vigor, desarrollándose de su propia estructura.

Su devoción americanista le llevó a una de las primeras filas en esa Anfictionia que sin protocolarias presentaciones, en cada nueva hora aumenta y se fortifica en torno al Repertorio Americano, la hojita de García Monge que todo lo quiere en nombre de la unidad de nuestros países y del triunfo de los grandes y de los buenos.

Allí, en un número inolvidable dió a conocer Masferrer su teoría del *minimum vital*, de un sano socialismo y compendio y resumen de sus nobles ideas humanitarias, del concepto que se había formado de la vida en sus meditaciones y en los súbitos alumbramientos de su mente de poeta; el derecho de todos a vivir, el de reclamar un *minimum vital*, el deber de las sociedades de

cooperar a ese sostén, a ese equilibrio, a ese mejoramiento de la vida y la vertical presencia admonitiva de ese *minimum* en la matemática de la justicia.

Masferrer el solitario que quiso acompañarnos siempre, se ha ido, corporalmente, en uno de los días de setiembre. Pero estamos convencidos de que es uno de los que no pueden desaparecer. Sus libros han de ser leídos por otras generaciones en las nuevas primaveras mentales que se sientan menos orgullosas de su redescubrimiento. Sus novedades han de prender en quienes tengan, de verdad, el espíritu en la hora de la fructificación.

¿Cuántos libros había trazado Masferrer en esa rápida promesa que aguarda el día templado para desarrollarse en la frase? De su "Vida de Jesús", decía, en declaración de grandes empeños: "El autor ha soñado veinte años con escribir una "Vida de Jesús" en la cual el Maestro, sin dejar de ser hombre, fuera siempre Dios. Pobreza, tristeza y enfermedad no lo consintieron, y apenas ha logrado escribir la primera parte, fragmentaria y semicoherente. Las otras dos parecen ser la flor que muere sin abrirse".

Cultísimo, en sus libros, en sus ensayos, en sus artículos de periódico escritos con la prisa de diez minutos, con la obligante urgencia de llenar dos cuartillas, quedan recuerdos de lecturas, de hombres, de viajes. Vió el mar y también le cercó la montaña.

Amigo del silencio que florece en el concierto del libro, buscóse cárcel de sí mismo. Y después, en bravo combate por la patria, también sintió los días amargos de la prisión. Exilado, ha cerrado los ojos. Tiene derecho a reabrirlos en el recibimiento confirmador del suelo nativo.

Augusto Arias

Setiembre, 1932.

éste es un pueblo predestinado cuando llegue a tener una cultura, cuando sus gentes no sólo sean trabajadores, sino que trabajadores orientados. Hay que comparar para establecer diferencias. Nuestro país es maravilloso. Con su pequeñez no ha llegado a ser notorio en el Istmo y el Continente.

Pero nos falta aún. Hay mucho que decir y hacer. Hay mucho que decir y contra-decir. Juventud, juventud, entiendan su destino. Ocupen su puesto.

Aquí hay muchachos altivos, muchachos valerosos, muchachos preferidos de sus Dioses, pero que se malogran por falta de brújula.

Los mejores talentos se los come una profesión. Se hacen abogados mecánicos o mecanizados por un código y sus talentos se diluyen, se pierden, como se pierden en el infinito los círculos que nace la piedra cuando cae en el agua. Busque la juventud su sitio, escoja sus posiciones para acertar en el blanco y entonces otro sol nos alumbrará.

Mozos que hay, ayuden a Salvador o El Salvador para que nos salven a todos. El nombre es un símbolo y los nombres engendran las acciones.

El Salvador tiene un gran destino y sus muchachos diligentes y sanos y trabajadores pueden llegar a tener un puesto que no se lo sospecha.

Sean ustedes lo que yo quise ser y nunca pude".

4.—El hule retorcido

Es interesante un nuevo Masferrer. No el que escribía prosas dilectas ni el que decía discursos fáciles como agua que fluye de manantial. Es interesante un Masferrer diferente de eso, el Masferrer de la amistad, del diálogo familiar y llano.

El hombre era hondamente nervioso, gran apasionado. Amaba con toda su fuerza y con todas sus facultades y aborrecía del mismo modo.

El hombre era un atormentado, un tímido (esta palabra en su valor puro). Una noche de insomnio lo convertía en un genio irritable, pesimista, pero así quizá fué cuando mejores cosas dijo.

Una vez me decía: — Oiga usted, mi querido Rochac, cuando me vea áspero en mi genio, dígamelo para hacerme una introspección. En seguida, como me lo pidió, le dije:—Oiga, don Alberto, ahora es tiempo de que haga la introspección. Se rió, olvidó la causa del disgusto y agregó:—Hijito, mi temperamento molestará a las gentes que me rodean. —A ratos, muy breves,—le dije—pero en seguida usted tiene una mansedumbre envidiable. Pero yo, para hacer una gráfica de su temperamento, diría que es un hule retorcido y soltado de improviso sobre el escritorio: salta y salta y al perder la contra-fuerza, vuelve a ser quieto.

—Me parece la comparación. Pero haga la cuenta de los años que llevo vividos, de la salud tan infeliz que tengo, y será menos duro.

—No es dureza.

—Lo entiendo. Pero le ruego de nue-

LA Agencia General de Publicidad de Eugenio Díaz Barneond, en San Salvador; puede darle una suscripción al *Repertorio*.

DOCTOR
EDUARDO FOURNIER QUIROS
MÉDICO Y CIRUJANO
Despacha en la Clínica del Dr. Figueres
CONSULTAS
De 10 a 12 y de 3 a 5

vo: dígame cada vez que esté en trance de llenarme de ira.

5.—La historia de las cosas viejas

Masferrer en cierto sentido era un vigía trepado a la atalaya de su formi-

INDICE



CON EL ULTIMO CORREO:

Teodoro de Bamville: <i>Muñecas</i>	3.00
Pío Baroja: <i>Las tragedias grotescas</i> . Novela	3.50
Hilaire Belloc: <i>Danton</i>	5.50
Paul Barth: <i>Los estóicos</i>	3.75
Bossuet: <i>Oraciones fúnebres</i> . Pasta	4.00
Fausto Burgos: <i>Cuentos de la Puna</i>	3.00
Mauricio Bacarisse: <i>Los terribles amores de Agliberto y Celedonia</i>	3.50
Pío Baroja: <i>Los confidentes audaces</i> . Novela	3.50
Pío Baroja: <i>El cabo de las tormentas</i> . Novela	3.00
Pío Baroja: <i>Los pilotos de altura</i> . Novela	3.75
Pío Baroja: <i>El aprendiz de conspirador</i> . Novela	3.75

Solicítelos al Adr. del *Rep. Am.*

dable talento. Era paradójico hasta llegar a la injusticia con la crueldad de sus frases.

Alguen le refirió un día que la Universidad guardaba en viejos anaqueles varios millares de libros viejos, incunables en idiomas muertos.

“¿Para qué sirve eso, gente nueva?, ¿para qué? ¿Hay tres personas que saquen utilidad de tamaño acumulación de libros?”

Países en donde hay ricos excéntricos podrían comprar y pagar esos libros viejos, y con ese dinero nosotros podríamos comprar libros más útiles a la masa. Falta tanta lectura en este pueblo, que no le vamos a dar latín o griego. Primero el libro que adiestra y enseña la mecánica de la lectura y para en seguida—si es menester—el archivo de incunables.

Por mí que nos desprendiéramos de los libros caros por viejos. No son necesarias las telarañas; con el polvo de siglos uno de ustedes se cogería un resfrío.

Hay que aborrecer el mito de las cosas viejas. Ellas pasan como una entretención, pero no como el objetivo de una vida. Nuestro orgullo no debe inclinarse en lo que fuimos sino en lo que podremos llegar a ser.

¿Podrá ser gloria de un pueblo un montón de ladrillos? Fué gloria de quienes construyeron. ¿Podrá ser gloria y causa de orgullo el sable de un general parricida como hay tantos en la historia de estos pueblos? La gloria llegará cuando no necesitemos de ellas y los sustituyamos por funcionarios dedicados a actividades más fecundas.

La historia mistificadora, la historia como cosa que haga fetiches es más dañina que útil”.

Alfonso Rochac

Enero 8 de 1933.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.
SAN JOSE, COSTA RICA
Agentes y Representantes de Casas Extranjeras
Cajas Registradoras "NATIONAL"
The National Cash Register Co.
Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"
Burroughs Adding Machine Co.
Máquinas de Escribir "ROYAL"
Royal Typewriter Co., Inc.
Muebles de Acero y Equipo para Oficinas
Globe Wernicke Co.
Implementos de Goma
United States Rubber Co.
Maquinaria en General
James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

CARTAS HIPERBOREAS

A pescar a otro charco

= Colaboración =

Montreal, agosto 13 de 1933.

Hoy desembarcó Gerardo Machado en Nassau en las Bahamas con la ropa sucia y un panamá chafado, entre un grupo de acólitos temerosos y lastimosos. Un gendarme colonial les quitó los cinco revólveres y los condujo a un albergue. Allí "el hombre fuerte", "el hombre de hierro" se bañó, comió vorazmente en payamas, se hizo tomar las medidas para ternos frescos y recuperó, en breves instantes, su verdadera personalidad: su vulgaridad espiritual echándole "piropos" a las autoridades inglesas y su vulgaridad fisiológica devorando un abundante desayuno rociado de "whiskey".

Cuando yo dije que Leguía era "el último payaso", Gerardo Machado tomó de pretexto que "un escritor extranjero" ofendiera en Cuba a su amigo el dictador peruano; y al otro día clausuró la "Unión Nacionalista". . . "El Herald de Cuba" donde tantas batallas se libraron por la libertad y la dignidad de Cuba y de la América Hispana pasó a ser cosa amorfa y estúpida. . . El pueblo cerró su proceso.

Desde entonces estuve "prohibido" en Cuba. Se consolidaba a lo largo de tres o cuatro repúblicas un sistema de cooperación: México hacía un guiño a La Habana, ésta se limpiaba los anteojos de concha y poníase a mirar para Caracas, y de allí una risotada grosera respondía a los desplantes tropicales de Lima, mientras encantado por todo eso, un negrito antillano, todo charmarreado de "generalísimo" danza entre los caobos de Santo Domingo. Ya otro simio ha caído de lo alto de un cocotero, en plena tempestad, musitando una suerte de oración patriótica.

Mis nuevas cartas para Cuba empiezan tras un lapso en que seguí paso a paso su calvario y compartí su pena honda, tan honda como el orgullo herido, como la hondísima de ver perseguir y asesinar a los míos — Laguarda Jaime echado a los tiburones de la bahía. Con la pena sin esperanza de no poder clamar por los extraños cuando los propios cubanos eran asesinados en las calles de México y en los hogares.

Yo ví siempre a este hombre — aun desde la época en que se le opuso victoriosamente a Mendieta—como lo estoy viendo ahora. No dije que era "otro payaso, pero fuera del circo" así como así, por endilgarle un mote. Yo no escribo sin saber hasta dónde puedo aplicar un vocablo. Era un payaso "fuera del circo" porque nunca creí que Cuba era circo. En eso me diferencio de muchos hispanoamericanos: en el cubano no se ha atrofiado como en otros pueblos del Caribe el sentimiento de sí y la noción de su destino. . . Allí lo tienen. Lo ví siempre al Machado como lo estoy viendo consumir dos raciones sucesivas de huevos con tocino cuando era "el egregio", "el regenerador", "el Gerardo Uni-

co" de la clica del congreso cubano y de la clica extranjera. . . Lo ví con su ración de huevos y tocino y su medio vaso de whiskey en plena conferencia panamericana—ese sexto mandamiento internacional.

Por eso lo reconozco en Nassau, en el hotelito antillano de techo de palma y negras gordas en la cocina volteando tortillas. Delante, bajo turquesa en fuegos otras vastas turquesas de aguas cetrinas se tumban sobre una arena de olvido, entre una fila desolada de cocoteros que parecen policías guardando un reparto de Almendares. Los "acompañantes" van por ahí y miran temerosos al moreno de uniforme que lleva en su rolo de caucho toda la majestad del Imperio Británico.

Su acto final—como en los relatos clásicos de la mediocridad latina en que cae la "Historia Augusta", cuando los césares pasan a ser cosa de "water-closet"—resume toda su actuación: una comilona en payamas, un tomarse de medidas para estar más fresco—lo decorati-

El ex-presidente Machado de Cuba, encuentra difícil entrar al Canadá

= De The Montreal Daily Star. Agosto 14 de 1933 =

La Historia se repite y el clásico: "Un caballo, un caballo! Mi reino por un caballo" del prófugo Ricardo III ha sido justamente parafraseado por Gerardo Machado, después presidente de Cuba, cuya necesidad ahora es una cama en el camarote de un barco y quien desgraciadamente no tiene ya "un reino" que ofrecer a cambio.

El melancólico señor Machado está en Nassau, donde, aunque objeto de mucho interés para los residentes de Bahamas y sus temporadistas veraniegos, siéntese demasiado cerca de su país para estar tranquilo. Y no le gusta la idea de un viaje a los Estados Unidos. Pero al Canadá! Ah!, ése es el lugar! El señor Machado tiene un pariente en Ottawa.

Pero la nave de la Compañía Nacional Canadiense "Lady Rodney" no es tan "lady" respecto del involuntario presidente póstumo, pues le ha vuelto desdeñosamente el rostro. Esta nave tenía que partir de Nassau el 26 de agosto con destino a Halifax y tiene su pasaje completo y no hay nada tan ordinario como un ex-presidente aunque sea del día antes. Es precisamente un ciudadano como cualquier otro y ésta es la fecha que no ha podido encontrar acomodo en el barco.

Al principio, él, que ansiaba las brisas frías del norte tras una semana de sofocón en La Habana, pidió un camarote. Los oficiales del barco sonriéndole muy finamente, pues ellos siempre son muy finos, aun cuando se trate de un ex-presidente, no pudieron complacerle. Insistió pidiendo aunque fuese una simple cama; y de nuevo con la mayor finura y sonriendo le dijeron que no tenían.

Es posible que consiga pasaje hasta Bermuda pero de ahí el signo "imposible continuar" escrito en letras muy grandes podrá leerlo todo el mundo. Así pues, tras una desagradable negativa parece ser el señor Machado uno más de los que no tienen "suerte".

vo, el payaso ya definitivamente fuera del circo—y el baño. . . El baño, sobre todo; pronto, con jabones de potasas recias, con cepillos, con estropajos, y mucha agua, mucha agua que irá a correr por las modestas cañerías de ladrillos hasta la turquesa pura del mar, llevando con el sudor animal un reflejo sanguinolento. . . Bájate, déspota; enjabona, fricciona, acepilla, enjuaga. Te estaba esperando; pasaste a ser lo que debiste ser: el malhechor vulgar que roba, mata y escapa a otro país. A otro país que como tiene parlamento y leyes y decencia es ahora que te sirve para amparo, tú que envileciste uno, violaste las otras y has llegado hasta acá sin la última.

Cuando un pueblo quiere, puede. No es echándose panza al sol debajo de un plátano y excusarse diciendo que los otros son nulos y que "sus ambiciones" les guían, cuando un matón se entroniza con cuatro sicarios en cualquier taburete presidencial; no es llevando y trayendo "noticias" de que un déspota tiene una próstata ulcerada o un esbirro desleal; es así, echándose a la calle en masa con todo, todos; y resolverse una vez para siempre a ser o un pueblo o una manada de borregos vestidos de drill y camisa floja cantando loas, publicándose los retratos y practicando el onanismo internacional de llamarse unos a otros egregios, ilustres o beneméritos.

Envejece en paz, viejo cunaguaro del trópico. Como Estrada Cabrera, como "el ilustre Leguía". De aquí a unos años no faltará un chanchullo internacional que te "destaque" en la inconsecuencia, en la indecencia, en la tristísima palinodia de la publicidad oportunista como el de Leticia.

Y ahora, a la obra, cubanos: restablecer, limpiar, conservar. Nada de progresos de "cemento romano" que se balancean con lustros de miseria; nada de enriquecer déspotas que pongan telones de boca muy bonitos en los puertos, mientras el interior se muere de hambre y va a caer aniquilado, tras una marcha inacabable por la carretera central, el último guajiro bajo el último guayabo. Basta de farsas, basta de "hombres-fuertes". Los países no son circos ni necesitan héroes que coman tortillas en payamas cuando se les quema el coletón de las representaciones.

Y tú, penúltimo de la serie ¿qué vienes a hacer a tierras de la Federación Británica? ¿Por qué quieres imponerle a la civilización tu estampa de guardia rural y a insultar la decorosa pobreza de tus desterrados y de los otros con el fruto de tus rapiñas? Déjanos en paz la magna piedad de la irritada fortuna.

No vayas a México porque te pueden cobrar su abandono los asesinos de Julio Antonio Mella. En Alemania puede que cuentes con Ortiz. Vete para Maracay, vete para Santo Domingo, vete. . . a pescar a otro charco.

José Rafael Pocaterra

Conversando con Gabriela Mistral...

(Viene de la página 136)

ta! Y en ir y venir de pensamientos matizados de dulzura extraña, choca con las preguntas del periodista, rápidas y austeras, y al que le valiera más dejar que hablase la pasada y mucha emoción de sus ojos!

Cuatro horas de conversación es mucha palabra para el sentido puro de la interviú, que se limita, por costumbre periodística, a ofrecer aquello que encarna y se cuaja en la realidad visible de la vida. Teorizar, remontar el vuelo, es cosa poco apetecida en este tiempo, pues estamos acostumbrados a animar los ojos con emoción de a ras de suelo. Pero en esta charla que la incomparable artista y pensadora nos ofrece para **La Libertad** hay cosas altas que por su proyección nos roza aquello que hemos dado en llamar actualidad. Feminismo, turismo, nacionalismo, guerra... Así a puñados de emoción cristalina manaba por la augusta sensibilidad de Gabriela Mistral, recogimos lo que vulgarmente se dice **ameno**, y lo servimos en precisa letra de imprenta.

—A los periodistas—advierte la gran pedagoga americana—no se les puede contestar muchas preguntas. Tienen ustedes un gran interés por **sorprendernos**, y en otras ocasiones, como respuesta a lo que yo llamaría **nuestra prevención**, dicen más de aquello que dictamos por reflexiva confianza. Sin embargo, el paisaje de Castilla, trágica, imponente, me ha producido cierto descorazonamiento, que irá en beneficio de sus notas.

El tema del **feminismo** no deseo discutirlo. En América se debate con interés; en España, con éxito. La primera mujer diputado en América, María Luisa Arcelay, es una amiga con quien he charlado de estas cosas. Es admirable su entendimiento y voluntad en torno a estos problemas; pero yo estoy al margen de ello. Creo, sí, que las organizaciones feministas son necesarias, ante todo, para defensa del **niño**, e interpreto el sentido del sufragio universal "como entrañado en el derecho de la mujer al voto". No obstante, en la mayoría de los países de nuestro continente no ejercen ese derecho, y tal vez en muchos años no lo ejercerán. ¿Quién es causante de que la mujer forme corporaciones ciudadanas? El gran vacío que el hombre creó alrededor de nuestros derechos... Por eso, aunque yo no milite en tales agrupaciones, comprendo su existencia. En nuestros pueblos, el padre es muy poco padre, y la mujer ha de erigirse en defensora del niño a toda costa... y de los deberes para con el sexo débil.

Mujeres españolas.—He aquí su indiscreción al descubierto al buscar la mía. ¿Y las omisiones? Sin embargo, respondiendo directamente a su pregunta, creo que las hay muy destacadas en todas las disciplinas. Los nombres que

me cita me son muy conocidos y estimados. Concha Espina, cuyas novelas encierran mucha belleza, sobre todo las que guardan mayor sabor regional. María de Maeztu, admirable en todos los sentidos, de mente despejada y vida disciplinada, en América dejó muy honda huella. María Martínez Sierra, compañera mía en el Instituto del Cine Educativo de la S. de N., es una mujer de gran "sagesse", que dirían en Francia, y muy preparada en las cuestiones sociales de más difícil alcance. Teresa de Díez-Canedo, íntima y devota amiga, de sensibilidad exquisita y generosidad sin límites. Blanca de los Ríos, sobre la cual escribí recientemente un largo artículo ponderando sus dotes extraordinarias... Y tantas y tantas más... Evidentemente, en España la mujer se prepara con especial devoción para la lucha política, y yo, que estoy distanciada prácticamente de esos quehaceres, veo con simpatía tales vehemencias

La poesía. Impurezas del "viejo estilo".—Celebro esa coincidencia con las declaraciones de Julio Dantas que me refiere. Los esfuerzos juveniles y la nueva estética me son gratos. Estimo mucho la labor de Juan Ramón Jiménez, y la de Alberti, Salinas, García Lorca, Altolaguirre... Esto no significa olvido de los grandes poetas como los hermanos Machado y tantos otros, cuya personalidad dejó surcos profundos en la lírica moderna... Pero me siento en más puro acuerdo con estos poetas renovadores que con los que lagrimearon tanto romanticismo llorón en sus libros. Estimo en especial de las nuevas escuelas la renovación de la metáfora y de la imagen. Yo misma comprobé que los niños entienden y gustan de las imágenes y metáforas que algunos escritores **llaman absurdas**. Tiene, sin embargo, el poeta de hoy excesivo gozo en su creación, y esto atolondra con borrachera de alegría, como a los viejos atolondraba la borrachera de amargura. El concepto de la vida interior es ahora más noble que el de los poetas románticos que lloraron con emociones falsas. Como detalle pintoresco le revelaré que en la Universidad de Puerto Rico, en una conferencia aconsejé reaccionar contra el sentimentalismo romántico. Hablé con verdadera **fobia**, quizás porque yo he padecido esa enfermedad ultralírica.

La democracia. Gracián.—Por haberme preocupado toda la vida de los obreros y campesinos he deseado con fervor una elevación de nivel espiritual en la democracia. Pero los defensores de esta doctrina se olvidan de elevar el pensamiento del pueblo, organizado como Poder social. Esto me entristece y preocupa... Por eso me digo: ¿Cómo se lee tan poco a Gracián en los países democráticos? Gracián es un estímulo formidable, una necesidad con magnífico punto de mira. ¿Por qué tanto Góngora

y Lope—admirables—, y tan poco Gracián? Yo, que sé cómo se ha rehabilitado la memoria de los grandes poetas aludidos fundando Sociedades de amigos de su obra, me pregunto: ¿Por qué no se rinde el mismo honor a Gracián?

Democracia sin alta espiritualidad es inadmisibile.

Rusia.—Consideraciones.—Sí que me gustaría visitar Rusia. Pero para hacer el viaje necesito libertad, **para verlo todo** y no sólo lo que **me quieran enseñar**. Creo que el ensayo del comunismo es útil a la Humanidad. Nivelar los derechos y abolir muchos privilegios es necesario, muy necesario. Producir y suprimir lo superfluo es un deber social... Ahora bien: encuentro el gran obstáculo del comunismo en su atentado a la individualidad, a la intimidad, sin las que yo no sé, no puedo vivir. Creo en la intimidad, y la interrupción de este vivir íntimo me haría odiosa la vida. Además, el arrebatarse los estímulos individuales implica la muerte de la Libertad. Y yo amo esa Libertad, aunque en el fondo me diga muchas veces que la Libertad es una idea romántica... Claro que esto es una consideración personal.

Y pese a ella, comprendo que el bien de los más es antes que el mío. En cuanto a su pregunta de la religión en Rusia y en el mundo que se revoluciona, le diré que vamos camino de una creación nueva del paganismo. El desnudismo, el culto al sol, al agua, al campo es un regreso histórico al paganismo, no sé si más hermoso que el antiguo. Paganismo de formas dionisiacas, sin duda... Desde luego, ningún pueblo puede vivir sin religión, y la lleva consigo aun sin querer. Extraerle a un país la religión me parece un tormento igual al de la campana neumática cuando se hace el vacío. En esas circunstancias, el vivir no es posible.

Pedagogía.—Este es mi fuerte, amigo mío. Todavía no he podido estudiar bien las reformas introducidas en España. En América ésa es una de nuestras grandes victorias. En muchas naciones—por ejemplo, Chile—no existe el analfabetismo, y ahora intentamos, tras el éxito de la enseñanza primaria obligatoria, una enseñanza post-escolar igualmente obligatoria. Los tres puntos generales de mis proyectos de reforma son los siguientes: Primero, en los estudios de Universidad y Liceo, exigir una formación clásica rigurosa. De los estudios primarios y sus complementarios, en la sección urbana, volver a la dignificación artesana, obligando al trabajo manual. En la sección rural, exigir los estudios agrarios y su derivación industrial. De otra parte, entiendo necesaria la selección de los estudiantes y la eliminación de los mediocres en los estudios superiores. Hay países en América, como Méjico, donde se han realizado reformas pedagógicas muy notables y se ensayan otras superiores. El culto esencial es al niño. En él debemos poner nuestra esperanza. Otro ejemplo maravilloso lo da Puerto Rico, la más bella de las Repúblicas hispanoame-

ricanas. En Puerto Rico, la mitad íntegra de su presupuesto nacional se destina a Instrucción pública. También es de elogiar la labor de Colombia, y, en particular, el esfuerzo inmenso de ese gran hombre que se llama D. Agustín Nieto.

Yo le sugiero la idea—que es estimable—de celebrar un gran Congreso pedagógico hispanoamericano para unificar la común labor en pro de la cultura hispánica y dar lugar a un más inteligente servicio de reformas escolares. El punto ideal para celebrar ese Congreso sería La Habana, emplazada en lugar estratégico para la movilización de profesores.

La República española.—Me sorprendió el advenimiento de la República ejerciendo mi profesorado en una importante escuela. Digo que me sorprendió, porque, a pesar de ser yo una buena republicana, no la **esperaba todavía**. El hecho me produjo gran alegría, pues no olvidé nunca que al frente del anhelo republicano nacional estaba una brillante pléyade de intelectuales. Un sentimiento de fraternidad me ligaba a ellos, y me alegré con la nueva alegría de España.

Los "americanismos" en el lenguaje.—Le ruego que, en mi nombre, diga que esas gentes que advierten que los americanos destrozamos el castellano son injustas. Una serie de países, con ochenta millones de habitantes y un ser nuevo, no puede por menos de **necesitar** para el desahogo de su particular vitalidad de expresiones lingüísticas novi-

simas. Por lo cual juzgo como un gran bien la aparición del nuevo Diccionario que contiene todos estos modismos. La lástima es no haberlo preparado a su debido tiempo. El respeto, el amor al **regionalismo**, es un hecho inminente en la vida de América. En realidad, es hora de que regresemos de Europa...

Amor a los campesinos y a los presos.—Ya usted conoce—termina diciéndonos la incomparable poetisa—mis desvelos por los campesinos. Todo lo que me inundó de goce espiritual nació en aquellas zonas rurales en que dí escuela y prediqué el amor a las gentes del campo. Entiendo que es hora de acabar con la humillante existencia que arrastran esos seres y repararles debidamente. Bien comprendo la emoción de Rosalía de Castro. Yo así la he sentido al contacto con sus rudos modales, encubridores de espíritus sin mácula.

¿Y los presos? Otra gran mujer, paisana suya, la que más admiro de todas las mujeres, Concepción Arenal, me enseñó a quererlos y a compadecerlos. ¡Tanta labor se debe realizar en las cárceles y presidios! ¡Tanta desgracia pudiera ser evitada!...

Hace tiempo que aguardan otras visitas el momento de saludar a Gabriela Mistral. Prometiéndome el placer de una nueva entrevista, le dimos la mano y un testimonio de viva gratitud a la mujer más buena, sensible e inteligente de toda la América española.

Xesús Nieto Pena

El Salvador

— De *El Mercurio*. Santiago de Chile —

El pequeño país ha sido labrado como una joya por la forja de sus volcanes, afinado del fuego en tal montaña, desformado en la de más allá por derrumbe o explosión; más manipulado por Plutón que ningún suelo del mundo. La Geografía del país, por esto, al revés de todas las geografías, es una especie de Génesis continuado y que no se cierra como el Génesis de los otros lugares terrestres; hay una extraña creación constante y atrabiliaria que hace del lago de hoy el río de mañana; o de la montaña el lomo bovino, un enjorobamiento de cráteres sucesivos; del llano de caña o café, un cono inesperado: la geología salvadoreña es más el reino del fuego que el de la tierra y está llena de una imaginación juguetona y terrible. Nuestra Cordillera de los Andes también se trae su médula espinal ígnea disimulada bajo un espinazo elefantino; pero los fuegos de la matrona nuestra andan metidos en más hondura y sólo de tarde en tarde alcanzan a repechar su propio obstáculo y a evidenciar su amenaza. El Salvador es la tierra del fuego en la dermis, que salta encima cuando quiere; o, mejor que eso, un harnero hecho por el violento para cernerse con la polvareda de vapor, llama y ceniza, pero haciendo su achedadura al revés, hacia arriba, hacia el cielo... y de todo eso ha nacido una tierra vegetal preciosa, especiada o trufada de fuego en donde se la toque.

Cada generación salvadoreña ha conocido novedades en la cara de la Ceres que es inmutable en todas partes y los niños de este país de cuento saben que la tierra suya es tornadiza y atrabiliaria como el mar mismo.

Caminar a lo largo de los 30 kilómetros

que corren de Ahuachapán a San Juan de Dios, para saberse lo que es una tierra volcánica, es decir, el fuego en acto de posesión de un territorio: los ausoles pequeños (fumarolas), que dan solamente una voluta de humo y los mayores que muestran desde lejos su pesadilla revuelta de negros y grises; las fuentes hirviendo donde desollar en una hora al buey del cuento; y la fantasmagoría de los geisers cargados de cal, que trabajan como una legión de artesanos locos en hacer pirámides, agujetas y barroquería de forma y color.

Se sabe entonces que de veras el fuego miguelangelea y ticianea sobre las cosas, cogiendo y gozando las arcillas de todas las calidades y los tintes—desatentados ocre, azafranes y cárdenas. De veras el fuego es tanto el tatuador como el pintador y ha tomado la tierra fina de este país como un herrero fantasista de mis infancias que se les había arreglado para darme, en un pedacito de hierro, todos los colores existentes a base de morados, verdes y granates.

La historia de los volcanes de puro extraordinaria da espejeos y encandila al que la oye o la lee.

El Izalco se puso a nacer, como un hijo de hombre, a ojos vistas delante de los pobladores, allá por 1770, en una llanura ganadera, y como un hijo de hombre ha ido creciendo en cuerpo erupción tras erupción, hasta su adultez viril de volcán con faldas completas y cono perfecto. Comenzó echando de las entrañas rabiosas peñasquería y lava gruesa, para acabar en la humarada mansa de este tiempo, que se disuelve en una ceniza dulce que le afina más y más los ras-

gos de criatura dionisiaca que se va volviendo pitagórica... Dos mil metros ha echado cielo arriba y continúa la extraña industria de labrarse a sí mismo, trabajando por sus tres cráteres escondidos el día y la noche. "El faro del Salvador" lo llaman los barcos, y, en verdad, aupado en pocos años y manipulado delante de sus gentes como un faro cualquiera, su nombre casi no lleva metáfora. Al revés de los demás volcanes centroamericanos que se aceptan, en una complacencia de patriarcas amables, vegetación de selva y hasta cafetales sobre la cabeza o a medio cuerpo, el Izalco, superabundante de calentura todavía, se muestra en la genuina calvicie ígnea que conviene a la forja que se continúa.

Aunque se de al Izalco para elogio suyo el nombre de "faro del Salvador" es otra la montaña bautizada con el nombre del país.

El volcán "San Salvador" engañó muchos años con su forma de simple montaña inocentemente cubierta de vegetación, guardando sólo en lo alto como una confesión, una de esas lagunas maravillosas que se hallan en los viejos cráteres: cinco kilómetros de circunferencia del gran jade líquido e intocado que regala con su vista nada más que al cielo. Sin embargo, una tribu de conos apesados a la masa del "San Salvador", en una cachorrería geológica, insinuaba al volcán en la masa patrona, hasta que uno de los conos segundones, el Quetzaltepeque, confesó en pleno, en una erupción de hace pocos años, su condición de volcán. Los indios, más sabedores del secreto de su suelo que los blancos, se sabían al volcán capitaneador de sus cachorros, por las fuentes termales de las faldas y por el aire malo, atosigado de hedores que les hacía interrumpir la cosecha por muchos días en los alrededores.

Las enormes masas de lavas del Quetzaltepeque se pueden ver todavía en una especie de camino negro de demonios, en una cauda de materias vomitadas a lo largo de kilómetros.

Aventador de las lavas mayores, y criatura plutonesca de veras, es el volcán de "San Miguel", que casi no tiene cráter, de tenerlo en cada ocasión donde le place abrirlo, y resoplar hasta por catorce horas al mismo tiempo dejándose ocioso el principal que es una magnífica tarasca de tres kilómetros por donde podría desahogarse el buen furor del planeta si quisiera quedarse en sosiego. Copos de vapores por todas partes y a los pies, un verdadero valle de fumarolas por donde hacer un paseo maravilloso aunque un poco infernal oliéndole a la Tierra el olor subido de sus entrañas de azufre, de alumbre y de las otras cosas fuertes que le gustaba chupar a la Sibila, pero que desvanecen al pobre hombre acostumbrado al puro olor de sus piñas y sus mangos.

El lago Ilapango, de nada menos que sesenta kilómetros, se traía locos a los indios con las subidas repentinas de nivel que para ellos eran una especie de pechada mala que hacía el monstruo de las profundidades en cada temblor. Procesiones de desagravio y acarreo de ofrendas en cada uno de estos trances, desde las guirnalda de flores hasta las bestias propiciatorias y el lago precioso y socarrón aceptando aquello con su indiferencia de dios lerdo o de dios demasiado dios, para tomar en cuenta canastas florales o corderitos. Hace unos doscientos años el Ilapango desarrolló su pirueta más gallarda de ascenso de aguas. Unos derrumbes cegaron el río Jioba por donde se alivia, y el lago se puso a subir como en una prueba de atletismo, y subía espumajeando como una marmita, ya sin las lamentaciones del coro trágico de las indiadas, hasta que venció sus propios bordes y comenzó a vaciarse en un aluvión tal sobre sus faldeos asustados que

en algunos días bajó diez metros de nivel, como una bestia pletórica que se sangrase hasta la medida de su bienestar. Allí volvió a quedar, rehecho y nuevo, con islas e islotes a montón descubiertos, mostrando una cara nueva que aprenderle...

La laguna que doncelea, más verde que cualquier agua verde, en el remate del volcán Alegría, merece bien que se la cuente aunque sea pasando: Ella se las ha arreglado, como el mito se las arregla para ser fabuloso y posible; ella tiene una orilla caliente y una frígida, con una intermedia de tibieza; al que la quiera probar, le da en la lengua un sabor ácido que le quita la curiosidad del saboreo, y contiene debajo de la acidez una terrible mezcolanza de sabores revueltos.

El producto representativo salvadoreño lo constituía el bálsamo, o sea el grumo resinoso de un curioso árbol parecido a San Juan de Dios en su aplicación a curar llagas y otras fealdades que da de sí la piel nuestra. El producto fué famoso durante la Colonia, y, como también por este capítulo los países grandes se comen el prestigio de los pequeños, nadie conocía el bálsamo maravilloso como resina de árbol centroamericano, sino como... "el bálsamo del Perú". Los españoles, querían esconder el lugar nativo del árbol extraordinario que rezuma esa medicina natural, y por despistar a los buscadores, se las arregló de esta manera: bautizando la resina bajo el nombre peruano con el que ella ha corrido el mundo y ha estado en las bocas alabadoras de la campesina de Chile o de la curandera balcánica... Ahora le está pasando cosa peor que eso al santo bálsamo y es que su grumo entra anónimamente en la preparación de innumerables jabones, emplastos y polvos, los cuales ya no llevan ni siquiera el apelativo falsario, sino la enjuta marca comercial que como las cosas del tiempo—bancos y sociedades—no lleva rubro ni confiesa paternidad de país.

Costa del bálsamo se llama todavía con lindo nombre la región donde el árbol poblaba; pero en cualquier parte del país lo encuentra para conocerle la talla de suma gallardía, semejante al eucalipto, y para tocarle el tronco de las heridas siempre manantes, el viajero curioso que gusta de averiguarlo a un territorio un poco de su índole en la vegetación y el bestiario originales porque ellos suelen decir de una región tanto como el grupo de sus hombres.

Relegada a segundo término la explotación del bálsamo y acabada casi por completo la del añil, El Salvador ha entregado los dos tercios de su suelo al cafetal productor que rinde en abundancia y en calidad todo lo que le piden en unos suelos tan generosos.

Cafetales por donde se mira, todavía más que en Costa Rica; cafetal en laderas volcánicas, en axilas de vallecito, en costas bajas. En doce días de caminar con los ojos pegados en el campo de pura maravilla, la mirada se acostumbra a este cultivo que es, al lado de los frutales o el algodón, uno de los más lindos en el orden de la limpieza y de la pulcritud. Las grandes lluvias no alcanzan a hacer pantanales en ellos, porque el sol aclaranado lo seca todo; el campesino anda siempre duendeando bajo ese ramaje del cafeto tan asaetado de luz en una fineza que es casi la del mirto, limpiando el plantío como el hombre chino el de té, con unos cuidados casi femeninos de puro escrupuloso.

Los escritores y dibujantes apenas se han ocupado de decir el cafetal que tanto se lo merece en sus tres turnos; el de floración embalsamadora que vale el naranjal, el del fruto en bonita rojez contra la rama de verde barnizado y en el de su cosecha por las mujeres que ya se hubiese querido Virgilio para contarla paso a paso.

Resulta graciosa la disputa que llamaríamos caribe, por la preponderancia y la honra cafetera que yo me he oído desde Puerto Rico a Guatemala. Naturalmente, Puerto Rico cuenta en su favor la vieja tradición de su café, una fama que anda en páginas de clásicos españoles y hasta en antiguas canciones. La patria cafetera clásica no necesita para vender, publicidad loca ni alegato en el mercado; ella vende todo el café que alcanzan a dar sus plantíos.

Pero después de la buena fortuna portorriqueña, vino la producción de cada uno de los países centroamericanos. El de Costa Rica convenció a la clientela europea; el de Guatemala ha ganado el premio cafetero en una Exposición reciente donde se exhibían todos, unos tras otros: Colombia impone en París de más en más su producción y El Salvador se ha ganado el puesto más próximo al hermano mayor portorriqueño y logra también venderse sin esfuerzo en las plazas de la competencia.

La disputa coge al viajero que, precisamente, atraviesa la zona del café, o sea, el círculo caliente del Caribe y... lo pone en

aprietos para saber cuál de las partes se lleva la razón.

La que escribe, beberá un año en su Europa de los cafés embusteros, sus dos arrobas del buen néctar salvadoreño y lo tendrá presente de la fuerte presencia que es el disfrutarlo cotidianamente. Así y todo, no sabe decir cosa válida sobre el pleito. He aprendido en la discusión, y no es poco, que es mucho más fácil apuntar dentro de un bloque de cosas malas la peor, que apuntar dentro de un bloque de excelencias la nuececilla de lo óptimo. Por algo se ha dicho por ahí que lo desagradable puede decirse hasta el grado de lo repulsivo; pero que lo dichoso se mete en las vaguedades de lo inefable y allí desaparece para nuestros ojos. Con lo cual yo no sé qué me place más entre mis tazas de cafés bebidas en tres meses de viaje por el reino del néctar negro. Bebedores sabientes los hay como para trazar la línea de las bondades y las fallas, Brillat Savarines criollos que algún día nos pondrán sobre el papel el mazazo de la prueba... en la que tampoco crearán los disputadores.

Gabriela Mistral

Sta. Margherita, 1932.

El multimillonario

= Envío del autor. Tegucigalpa, Honduras =

A la memoria del pensador Alberto Masferrer.

Vengan mis serpientes silbando sus cóleras rojas como el fuego de los templos mayas, vengan como diablos en tropel los búfalos bárbaros y fieros de mis negros odios, vengan mis jaurías que en las noches gélidas aullan y maldicen hacia los abismos, vengan mis tormentas, mis rayos flamígeros, vengan mis ciclones y mis terremotos, a hacer este canto noche—infierno lírico—de lumbres y gritos como en torbellinos, a hacer este canto rugido volcánico tornando en hilachas de luz el silencio, a hacer este canto fuetazo fantástico sobre el ser maldito que eterniza la época de los sacrificios, de los latigazos, de las injusticias romano-germánicas, de las inhumanas penas medievales, de los latigazos, de los sacrificios.

Sesostris, conozco tu numen maldito: levantas pirámides y levantas templos: haces obeliscos y haces esfinges; botas las montañas y secas los mares: tienes el derecho de vida y de muerte y cuando lo quieras mandarás que bajen el sol y la luna de la excelsa cumbre. Asurbanipal, sé que eres terrible: cuando te emborrachas degüellas esclavos, prostituyes niñas, matas cortesanas, echas a los leones príncipes vencidos, incendias ciudades, derramas riquezas y escribes con sangre los hechos malditos que llamas gloriosos de tu cruel historia. Jerjes, yo te he visto despidiendo rayos y mandar colérico el castigo loco de dar latigazos al mar iracundo y opacar el día de luz diamantina con las negras flechas de tus seis millones de rudos guerreros que al gritar a un tiempo hacen desgajarse las constelaciones. Alejandro, cortas el nudo gordiano; Cesar, ya pasaste los Alpes siniestros; Carlomagno, fundas un inmenso imperio; Napoleón, te burlas de todos los reyes; Atahualpa, tienes un Perú fastuoso; Moctezuma, puedes saciar los deseos de todos los dioses rudos y antropófagos.

¿Y ahora? Maldito, refinado y suave con el mismo espíritu has hecho la torre de Babel, un alto y férreo rascacielo, donde en cajas negras guardas despiadado el sudor humano convertido en oro, la energía humana convertida en plata, el nivel silencio de los dulces niños, los sueños azules de las quinceañeras, la paz de los viejos de testas de armiño, el vigor del hombre, el amor de la hembra, vueltos piedras raras de fulgor glorioso, piedras que dan llamas como las estrellas:

En aquellas cajas guardas la alegría, en éstas escondes el tibio entusiasmo, la salud la tienes bajo siete llaves, son fuentes selladas la dicha, el confort... Y sé, bien comprendo, que te hallas molesto porque no ha llegado la locomotora vomitando fuego y trayendo del mundo la mejor riqueza: la esperanza humana, la humana esperanza que te haría dueño de toda la vida, quizá de la muerte, del pasado yerto, del presente oscuro y de las auroras róseas del Futuro.

Sesostris, ¿qué dejas para tus vasallos? Asurbanipal, ¿qué das a tus pueblos? Jerjes, ¿te has saciado de sangre y conquista? Alejandro, César, viejo Carlomagno, tú corso, tú inca, tú azteca, ¿estáis satisfechos de haber hecho andrajos al humilde, al manso, al débil, al triste, al que el Evangelio ha ofrecido el Cielo, al que yo, un poeta, señala el Infierno? Multimillonario, nuevo Emperador: miro tus mil torres radiotelefónicas, miro tus canales que juntan océanos, miro tus armadas marinas y aéreas, tus bases navales, tus trusts, tus cart'es, tus mil invenciones, tus mil engaños, tus guerras que dejan caer en los pueblos rudas tempestades de gases mortíferos. Multimillonario, nuevo Emperador: yo sé que pretendes destruir a los hombres, yo sé que pretendes destruir a las hembras, con tus maquinarias, con tus posesiones, con el ruido bárbaro de tus fieras fábricas, con todos tus medios fatales: hambre, tisis, locura, desolación, angustia, que ahogan la vida con sus dedos fríos. Son tus compañeros los Cuatro Jinetes del Apocalipsis, por eso te llamo yo el Quinto Jinete del Apocalipsis, pálido, huesoso, siniestro, espantoso...

Multimillonario, nuevo Emperador: toma en cuenta que no vendrá nunca la locomotora, monstruo del progreso, trayendo del mundo la mejor riqueza que desea tu alma fenicia: la bella esperanza, único tesoro, único perfume, único reducto de estrellas de todos los pobres de espíritu.

Multimillonario, nuevo Emperador.

Medardo Mejía

EDITOR:
J. García Monge

Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—José Martí.

Suscripción mensual, \$2.00

EXTERIOR: (El semestre, \$ 3.50
(El año, \$ 6.00 o. am.

Giro bancario sobre Nueva York.

Una obra inédita de Cuervo

= De El Tiempo, Bogotá =

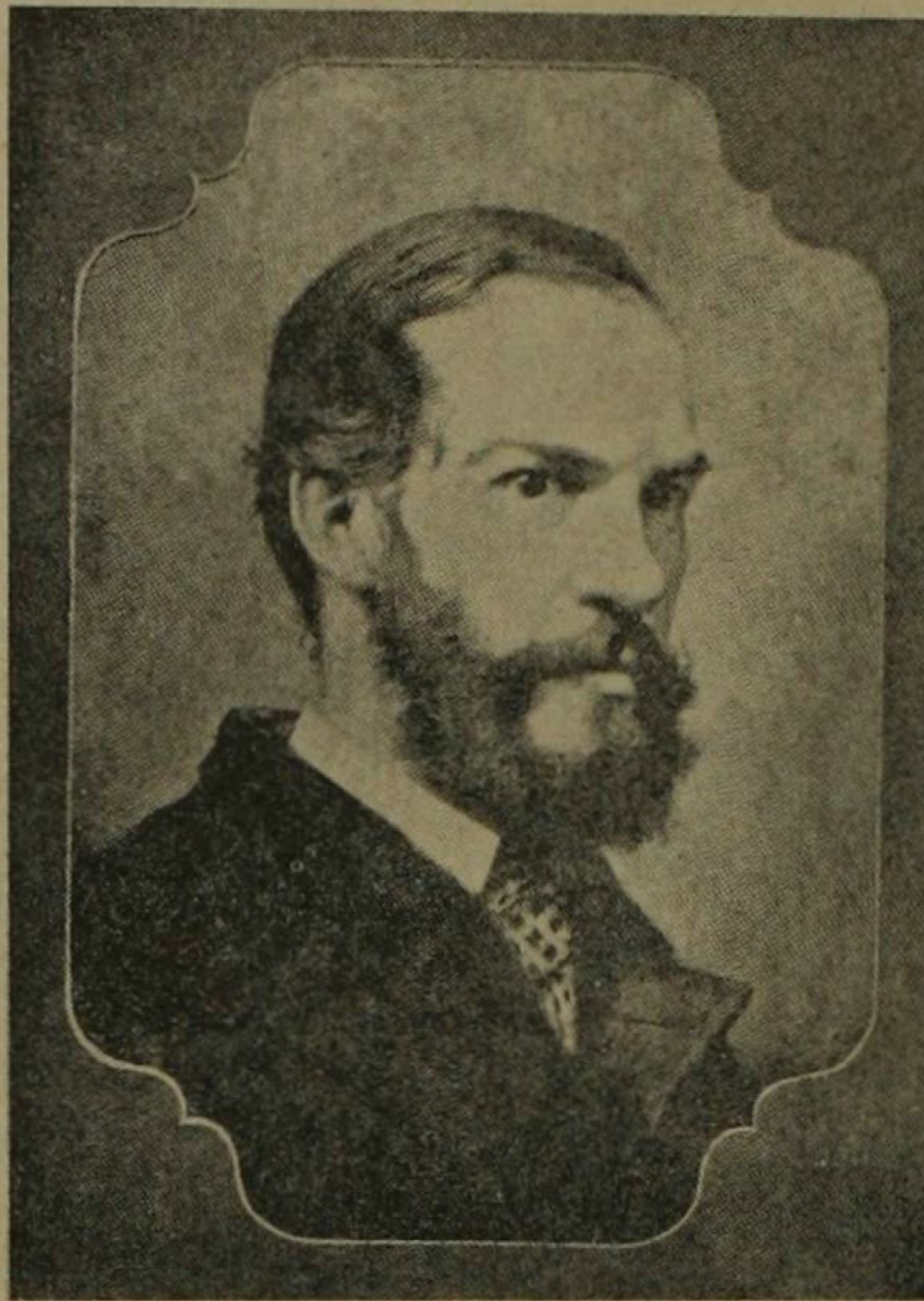
¡Grata noticia! Los originales de la obra inédita de don Rufino José Cuervo, "Disquisiciones sobre filología castellana", ya están en Bogotá. Son cautivos que regresan del sótano en donde por más de veinte años estuvieron recluidos en poder de un librero de muchas aventuras, a quien la última que le ocurrió, como a tantos, fué la liquidación del negocio y su entrega a los piadosos acreedores. Entre ellos, y no por préstamos de dinero, figuraba la Junta de Beneficencia de Cundinamarca, heredera del señor Cuervo, a quien por derechos de autor, que había olvidado pagar, de acuerdo con un documento no refundido, el librero, le correspondía en el balance una coqueta suma.

Se redujo ésta a la quinta parte con la desvalorización del franco, pero ni aun reducida pudo pagarla el deudor. Entonces optó por rescindir los contratos, muy favorables para él, como hechos por un sabio con un negociante astuto, y pagó con eso y con la devolución de las obras, entre las cuales se hallaba la que, escrita en letra de máquina, ha permanecido inédita. Llega pues del cautiverio, a manos de caballeros muy distinguidos que sabrán hacerle honor, y habrán de hacerla vestir muy pulcramente, para deleite y regalo de aficionados y técnicos.

En una rápida ojeada creímos reconocer en el capítulo "El Castellano en América" el mismo que publicó la "Revue Hispanique" hace un cuarto de siglo, un ejemplar de los cuales nos fué regalado por el señor Cuervo en París cuando éramos estudiantes, y que resulta en esa forma la única parte conocida de una obra que, aunque compuesta de fragmentos, conserva la unidad, la del diamante, que diría Valencia, impuesta por el filólogo a todos sus trabajos.

En cierto modo nos parecen las "Disquisiciones" una continuación de las "Apuntaciones críticas al lenguaje bogotano", obra de historia, de filosofía, de arte, de peregrino ingenio, cuya caudalosa doctrina atormenta de tanto deleitar, y en donde las palabras, seres vivos, corren aventuras humanas, porque en algunas partes y en algunas épocas sufrieron mutilaciones, como si se hubieran entendido con perdonavidas y desnarigadores, y en otras fueron enriquecidas con letras o sílabas cantantes, o deformadas o transformadas, hasta el punto de no reconocer en ellas, sin el olfato y la visión del filólogo, la forma, el perfume, la música de origen.

Don Miguel de Toro Gisbert escribió, por encargo del librero, un hermoso prólogo para la obra cautiva, en el cual declara creer menos que Cuervo en la descomposición fatal de las lenguas



Rufino José Cuervo

mientras no se vean sometidas a la influencia de un idioma superior a ellas por cualquier motivo, tesis en que éste puso sus complacencias. Para Toro Gisbert las llamadas "corrupciones" no son en muchos casos sino resurrecciones de viejas maneras de hablar de los conquistadores.

Sienta la teoría, a la cual se hubiera arrimado el señor Cuervo, de seguir oyendo citar comprobaciones, de que el idioma de Castilla la Vieja, era un dialecto que en la época del descubrimiento del nuevo mundo no hablaban sino un millón de habitantes, en tanto que el español más suavizado, más adelantado en su evolución, de Andalucía, Extremadura, León y las Canarias, fué el que pasó a América y es hoy hablado por ochenta millones de sujetos alegres y confiados.

Allí se hallan sorpresas como la de argentinismos, colombianismos, cubanismos, chilenismos, venezolanismos, presentes en los clásicos, es decir cuando las naciones que les dieron su nombre a esas maneras de hablar, a esas locucio-

nes más o menos jugosas, apenas estaban en la mente de Dios, de donde se desprende que en realidad no son creaciones ni corrupciones sino resurrecciones en tierras propicias, de muchos vocablos muertos por haber sido olvidados. Y la sorpresa crece ante la afirmación de que palabras netamente americanas, por corresponder a productos que no existían en la metrópoli, se usaban en España. Por ejemplo: "chocolate". Sólo que no dice qué llamaban chocolate. Posiblemente a las viejas, como si el genio de la lengua presintiera la afición que se les iría a despertar a las damas ancianas del futuro por esa bebida confortante.

El libro del señor Cuervo es un tesoro, como no podía menos de serlo, salido de esa mina. Su edición requiere un cuidado esmeradísimo, porque el más ínfimo error, en obras de esa clase, se convierte en delito, y la labor no ha de ser la de corregir tiras de imprenta, sino la de discernir si en el original no se le escaparon diablillos a la máquina. El maestro Sanín Cano sería, de disponer de tiempo, el hombre para la vigilancia. Redoblaría el comercio con materias que son de su incumbencia y viviría en contacto feliz con una mente que a la suya se apareja por más de un motivo.

No han de hallarse tropiezos financieros. Sabemos muy bien que la Junta de Beneficencia, cuyas entradas han venido tan a menos en estos años de crisis, no puede distraer centavos que no sean para vendajes y sopas. Si hasta las construcciones tuvo que suspenderlas, para dedicar todos los fondos a las drogas y a los víveres para los enfermos, cuyo número aumenta a medida que el dinero disminuye. Pero para la edición, que debe acometerse ya, de la obra de Cuervo, siempre habrá la manera. El pequeño crédito necesario puede obtenerse en un banco, para cubrirlo con lo que produzca la venta de ejemplares.

Las casas editoras podrían también entenderse con la Junta de Beneficencia y prestarle ese servicio a la memoria de Cuervo, a Colombia, al idioma, a la filología, sin dejar ellas mismas de servirse. La edición puede ser una demostración de patriotismo y al mismo tiempo de negocio. Confiamos pues en que no serán necesarios los repiques para esta misa pontifical, a la cual acudirán aún los menos amigos de la gramática, por saludar la gloria de Cuervo, y confiamos en que no habrá obstáculo para que oficie en la forma que decimos el maestro Sanín Cano.

L. E. Nieto Caballero

INDICE ENTERESE Y ESCOJA:

Andrenio: <i>Cartas a Amaranta</i>	1.50
San Agustín: <i>La Ciudad de Dios</i> . 4 tomos.	12.00
Mariano Azuela: <i>La Luciérnaga</i>	3.25
Manuel Altolaguirre: <i>Soledades juntas</i>	3.00
Anderson: <i>El cuento de mi vida</i>	3.50
Waldemar E. Couits: <i>Tiranía sexual y sexo tiranizado</i>	3.00
Aristóteles: <i>Problemas</i> . 2 Vols.	7.50

Solicítelos al Adr. del Rep. Am.

Imprenta LA TRIBUNA